

EL PROTECTOR

LOUIS G. MILK

EL PROTECTOR

LOUIS G. MILK

EL PROTECTOR

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 — BARCELONA

Dr. Julián Álvarez 151 — BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 48.261 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

El plato favorito de Peter Gitt, cuando estaba en Vnarion, era lenguas de «hrilk» en salsa de «tcael». Era un maniático de uno de los manjares más celebrados de Vnarion, y por dicha razón, mientras duraba su estancia en aquel mundo situado a varias decenas de años luz de su planeta originario, apenas si pasaba una noche sin que dejara de probar su plato favorito.

Gitt era un sibarita y sabía que en los grandes y lujosos restaurantes de Vnarion, el «hrilk», en salsa de «tcael», solía ser muchas veces de lata. Bien preparado, ciertamente, pues la fama de las conservas vnarianas no era inmerecida, pero él lo prefería al natural.

El «hrilk», en salsa de «tcael», lo preparaban mucho mejor en las tabernas y restaurantes baratos. Podía resultar menos refinado el servicio, pero cuando Gitt pedía su plato favorito, sabía que el «hrilk» había sido cazado la víspera cuando más. Una lengua de «hrilk» de cuarenta y ocho horas tenía ya un sabor muy diferente para un entendido como era Gitt.

Dnevia, la bella tabernera, solía servirle en persona, y aquella noche no iba a ser la excepción.

Dnevia se acercó con una gran bandeja en las manos, encima de la cual había una fuente sostenida por cuatro patas y cubierta con una tapadera semiesférica, a través de cuyos cuatro orificios superiores se escapaba el delicado aroma de las lenguas de «hrilk» en su salsa y en su punto. Algunas tapas tenían dos agujeros, pero entonces el aroma se concentraba excesivamente y el plato tenía un sabor demasiado fuerte. Cuatro orificios, según los entendidos, dejaban el apetitoso guiso exactamente en su punto.

Gitt conocía las flaquezas de la hermosa Dnevia. A Dnevia se le había marchado el marido tiempo atrás con una bailarina que no era ni la décima parte de guapa que ella. Al esposo de Dnevia se le agotó el dinero bien pronto y la bailarina perdió de repente el interés que sentía por él.

Naturalmente, el esposo huidizo quiso volver al regazo de su mujer, pero Dnevia tenía su genio y lo corrió a latigazos, echándolo de su tálamo, de su casa y hasta de la capital, según contaban las malas lenguas. Si el marido de Dnevia vivía aún o no, era cosa que no preocupaba a nadie y menos todavía a la interesada.

La taberna de Dnevia tenía fama por tres cosas: la belleza de su dueña, el buen vino y las excelentes comidas que allí se servían. Esto hacía que el local estuviese constantemente de bote en bote, pero sólo en ocasiones excepcionales y según a qué clientes, Dnevia servía en persona.

Peter Gitt era uno de los clientes excepcionales.

Dnevia llegó y se inclinó para dejar la bandeja sobre la mesa. Apoyó las manos y lo miró por encima de la tapa semiesférica, haciendo clara ostentación de los innegables encantos de su generoso escote.

—Tu plato favorito, Peter —dijo, con voz que era todo un poema.

—Las lenguas de «hrilk» con «tcael» que preparáis aquí son un manjar exquisito, pero no es mi plato preferido —contestó él.

—¿Cuál es, por favor? —preguntó Dnevia, sin abandonar su incitante postura.

Gitt sonrió.

—Hay demasiado público aquí para expresarlo con palabras —contestó.

—La taberna se cierra a la madrugada —dijo Dnevia—. A veces, yo me siento cansada y me retiro antes. Hoy estoy un poco cansada. Ven luego a mi departamento y me dirás cuál es tu comida preferida.

Gitt le guiñó un ojo.

—Iré, cuando vea que el cansancio te rinde —prometió.

Dnevia rió suavemente y se enderezó, orgullosa de la esbeltez de su figura y de la firmeza de sus curvas. Dio media vuelta y se alejó, con un ligero balanceo de caderas, lo que concentró las miradas de la inmensa mayoría de clientes masculinos.

Gitt se frotó las manos y desplegó la servilleta. Destapó la fuente y aspiró a fondo el delicado aroma que se desprendía de su interior. Incluso cerró los ojos para disfrutar mejor de aquel maravilloso momento.

Por eso no se dio cuenta de que alguien se acercaba a su mesa, hasta que oyó una voz masculina que decía:

—¿Señor Gitt?

Gitt abrió los ojos y escrutó el rostro del hombre que tenía ante sí, alto, delgado y de facciones que parecían esculpidas en piedra volcánica.

—Yo soy —contestó—, pero ahora estoy sumamente ocupado y no recibo.

—A mí sí me «recibirá», señor Gitt —aseguró el desconocido—. Soy el general Maldea, jefe de los Servicios de Seguridad Central de Vnarion.

Gitt tomó un plato y un pequeño cazo y empezó a servirse.

—Ah, sí, el «mandamás» de los «polis» —replicó—. Pero yo no he cometido ningún delito, general.

—Sin embargo, está a punto de cometerlo y ése es el motivo de que haya venido a verle, señor Gitt —declaró el general de modo sorprendente.

* * *

Con el tenedor de dos puntas, Gitt tomó una lengua de «hrilk» y se la llevó a la boca, saboreándola lentamente durante algunos segundos. Luego,

según requería el rito, dejó que el manjar se le deshiciera en la parte delantera de la lengua. Era así como se aprovechaba mejor el sabroso gusto de una lengua de «hrilk».

—De modo que voy a cometer un delito —dijo pasado un buen rato.

—En efecto, señor Gitt —contestó Maldea—, pero ¿le importa que me siente?

—En absoluto, si a usted no le importa que yo siga cenando.

—Por favor —accedió el general cortésmente.

Gitt continuó comiendo. Maldea dijo:

—Hoy recibirá usted una llamada muy importante. Por su propio bien, le recomiendo que la desatienda, señor Gitt.

—¿Una llamada, general? ¿De quién, si no es un secreto?

—De Helena-ur-Rvorda, Protectora de Vnarion, señor Gitt.

El terrestre enarcó las cejas.

—No tengo el gusto de conocer personalmente a la Honorable Protectora, aunque sí he visto su efigie muchísimas veces —manifestó—. Pero no comprendo por qué yo, un humilde forastero, va a merecer el honor de ser llamado a presencia de Helena-ur-Rvorda, general.

—Yo lo sé, pero no voy a decírselo, claro —replicó Maldea—. Lo único que le diré es que haga caso omiso de esa llamada. Aceptar este consejo es una garantía de larga vida, créame.

Gitt miró fijamente a su interlocutor.

—Una amenaza harto claro —dijo.

—Tómelo como quiera, señor Gitt —contestó el general—. Usted es un hombre joven, en la plenitud de su existencia. Ama el gozo de vivir y le gusta viajar por todas partes, divirtiéndose y amando a las mujeres bellas y alegrando a la gente con su guitarra. Siga así y olvídese de Helena-ur-Rvorda.

Maldea se puso en pie.

—Sus canciones son muy elogiadas y se escuchan en los más dilatados rincones de la Galaxia —añadió—. Pero también conocemos su verdadera profesión. No la ejerza en Vnarion, se lo ruego.

Gitt observó el impenetrable rostro de Maldea. Las facciones del general parecían las de una estatua, pero sus ojos brillaban de un modo inequívoco.

No le había dado un consejo, sino una orden, y si la desobedecía lo mataría despiadadamente.

—Permanezca en Vnarion cuanto quiera —concluyó el general—, pero sepa que mientras esté aquí, no dará un solo paso sin que alguien le siga a todas partes. Buenas noches, señor Gitt.

* * *

Gitt lanzó un bufido y apartó el plato a un lado.

El manjar se había enfriado y esto le hacía perder un noventa por ciento de su atractivo para los clientes escrupulosos. Gitt detestaba las lenguas de «hrilk» frías.

La entrevista con Maldea le había puesto de mal humor. No le extrañaba en absoluto que Maldea conociese su verdadero oficio se decía que Maldea, bajo la capa de jefe de los servicios policiales, era, en realidad, el director del contraespionaje vnariano y que conocía hasta los más íntimos secretos del último pedrusco del planeta, pero que supiese ya algo referente a él que ni siquiera había ocurrido todavía era cosa que le sacaba de quicio.

Realmente, y al menos en aquella ocasión, estaba disfrutando unas auténticas vacaciones en Vnarion. No le agradaba ahora que viniesen a complicarle en una intriga palaciega, porque estaba seguro que era eso y no otra cosa de mayor fuste lo que estaba sucediendo.

De pronto, vio a dos hombres en quienes no había reparado antes, sentados a una mesa próxima. Eran dos verdaderos gigantes, con hombros macizos y poderosos, y cráneos capaces de derribar una puerta blindada, sin necesidad de recurrir después al uso de analgésicos.

Gitt los conocía bien, aunque no personalmente. Eran Toov-Ze y Snoov-Xo, los esbirros favoritos del general Maldea los había puesto allí para vigilar sus menores pasos y eliminarlo si veían que, a pesar de la orden recibida en contra, accedía a la invitación de Helena-ur-Rvorda, Protectora de Vnarion.

De repente, un hombre de regular estatura, más bien grueso, se acercó a la mesa, juntó los talones, inclinó la cabeza y dijo:

—El señor Gitt, supongo.

—Yo mismo, señor…

—Permítame que me presente, señor Gitt —dijo el individuo—. Soy el coronel Ligius, comandante del Regimiento de la Guardia. La Honorable Protectora de Vnarion, Helena-ur-Rvorda me encarga le transmita sus saludos y le exprese sus deseos de sostener con usted una entrevista, hoy en palacio, a las diez en punto de la noche.

Ligius soltó su parrafada de un tirón, sin respirar. Gitt le dejó hablar y, cuando el vnariano hubo terminado, contestó:

—Coronel, presente mis respetos a la Honorable Protectora y dígale que esta noche tengo un compromiso ineludible y que, lamentándolo mucho, no puedo asistir a la entrevista.

Dicho lo cual, se puso en pie, dejó unas monedas sobre la mesa y se alejó antes de que el estupefacto Ligius hubiera podido recobrar el uso de la palabra.

CAPÍTULO II

Gitt abrió la puerta. Unos brazos cálidos y perfumados rodearon en el acto su cuello, a la vez que unos labios ansiosos buscaban los suyos.

—Dnevia, por favor —rogó.

—Querido —suspiró la ardiente vnariana.

—Un momento, Dnevia, por favor —insistió él, forcejeando para soltarse del dulce dogal—. Ten paciencia un instante, te lo ruego.

Dnevia le miró con extrañeza.

—¿Qué te sucede? —preguntó—, ¿Tan fea me encuentras?

Gitt la contempló un instante. Ella vestía una especie de túnica blanca, sin mangas, que le llegaba hasta los pies, de un tejido semitransparente. Era conocedora de su hermosura y, deliberadamente, se había situado a contraluz de la única lámpara que había encendida en la estancia en aquellos momentos.

—No es eso, cariño —respondió—. Es… ¿dónde tienes la mirilla secreta con la que inspeccionas el local desde aquí?

Dnevia se echó a reír.

No seas anticuado. Tengo un circuito cerrado de televisión, con mando telescópico —respondió.

—Enciende el aparato, por favor —rogó Gitt.

Dnevia obedeció, harto intrigada por la actitud de su visitante. Gitt se acercó a la pantalla y manejó el mando de orientación, hasta que el objetivo captó las imágenes de los dos esbirros del general.

Luego hizo funcionar el «zoom». La mesa que ocupaban los dos hombres pareció situarse en el cuarto.

—¿Los conoces? —preguntó.

Dnevia dejó escapar un bufido de cólera.

—Son los esbirros del general Maldea —contestó.

—Escucha una cosa, Dnevia —dijo él—. Quiero pedirte un favor, algo muy sencillo. Una cuerda y un gancho de hierro, ¿comprendes?

—¿Para qué? —preguntó ella, atónita.

—Haz lo que te digo. Consíguelo como sea y procura tenerlo aquí dentro de media hora. Yo voy a ver si me deshago de esa pareja de monstruos. Luego volveré de nuevo aquí, ¿has entendido?

—No mucho, pero lo haré. ¡Peter! —exclamó ella de pronto.

—Sí, Dnevia.

—Ten cuidado. Si te ponen la mano encima, te harán pedazos.

Gitt sonrió.

—Además de tocar la guitarra y componer canciones, también sé hacer otras cosas —respondió—. Un día compondré una canción en tu honor y se cantará en toda la Galaxia.

Dnevia sonrió halagada.

—Anda, vete y vuelve dentro de media hora. Tendrás aquí el gancho y la soga —prometió.

Gitt acarició una de sus mejillas. Luego, con paso resuelto, se dirigió hacia la puerta.

* * *

Con el rabillo del ojo, Gitt pudo ver que los dos esbirros abonaban rápidamente su cuenta y se ponían en pie.

Salió a la calle, y caminó con las manos en los bolsillos, silbando una alegre cancioncilla. Había bastante gente y, al fondo, pudo divisar, sobre una colina, el palacio donde residía la Protectora de Vnarion.

Se preguntó por los motivos de la llamada de Helena. Aunque no hubiera recibido la visita de Maldea, habría acudido a la cita. La hermosura de Helena-ur-Rvorda era famosa en doscientos años luz a la redonda y por nada del mundo se hubiera privado de contemplarla al natural y a pocos pasos de distancia.

Detrás de él oyó unos pasos rítmicos. No volvió la cabeza ni una sola vez. Estaba seguro de que Toov-Ze y Snoov-Xo le seguirían dondequiera que fuese.

Su mano derecha acarició el delgado cable de acero que llevaba enrollado en el bolsillo derecho. Uno de sus extremos era un tubo de metal de un centímetro de grueso por ocho de largo, simplemente un asidero para no cortarse los dedos al manipular el cable.

En el otro extremo había una bola de metal con una docena de salientes de forma piramidal. En determinadas circunstancias, era un arma muy útil y, según se manejase, mortal.

El trazado de la ciudad, en aquel sector, era en pendiente descendente. A medida que las calles perdían nivel topográfico, lo perdían también en calidad social.

De niño y de adolescente, Gitt había leído infinidad de novelas de aventuras y de ciencia-ficción. Los protagonistas llegaban a planetas adelantadísimos, donde reinaba una igualdad social absoluta. Los habitantes de aquellos planetas lo tenían todo gratis, a cambio de un horario mínimo de trabajo y vivían una existencia paradisíaca, sin conocer vicios funestos como el alcohol, el tabaco, las mujeres, el dinero y otras cosas que tanto contribuían a alegrar la existencia.

La realidad era muy distinta. En pocos planetas había visto Gitt que

resultase verdad lo inventado por los escritores. Había desigualdades sociales, había policía, bajo una infinidad de nombres; corría el dinero, se elaboraban vinos y licores, había mujeres hermosas y…

—Bueno, el que tiene dinero se divierte, y el que no se pudre, como siempre ha pasado —se dijo filosóficamente.

De pronto, dobló una esquina y entró en una calleja de suelo enlosado, brillante por la humedad. Había un par de lámparas que esparcían una tétrica claridad y no se veía siquiera la puerta iluminada de una taberna de mala muerte.

Era el lugar ideal para deshacerse de sus perseguidores, decidió.

Se detuvo bruscamente y giró sobre sus talones. Toov-Ze y Snoov-Xo entraban en la calleja en aquel momento.

Los dos esbirros parecieron sorprenderse de ver a Gitt parado. El terrestre adelantó dos pasos.

—Voy a visitar a la Protectora —anunció fríamente.

Toov-Ze y Snoov-Xo cambiaron una mirada de inteligencia.

—Éste no es el camino para ir a palacio —dijo el primero.

—Ya lo sé —replicó Gitt—. Pero es un lugar ideal para deshacerme de vosotros.

—¡Jo, jo! —dijo Snoov-Xo—. ¿Has oído colega?

—Muy divertido, compañero —contestó el otro.

—Si piensas cumplir lo que dices, prepárate a morir —aseguró Snoov-Xo en tono truculento.

—Apartaos —ordenó Gitt sin inmutarse—. Voy a pasar.

Los dos esbirros permanecieron inmóviles. De repente, Gitt tiró del tubo de metal y el cable se desenroscó silbando en el aire.

La bola con púas giró con terrorífica violencia y alcanzó una rodilla, que chasqueó de forma estremecedora. Snoov-Xo lanzó un aullido y rodó sobre las losas, desentendido momentáneamente de la pelea.

Toov-Ze dio un salto atrás e intentó sacar un arma. La bola de metal le golpeó en la mano.

Un gemido de agonía brotó de sus labios. Gitt hizo volar la bola nuevamente sobre su cabeza y el siguiente impacto se produjo en el pómulo izquierdo de su antagonista.

Toov-Ze cayó fulminado. En el mismo instante, Gitt percibió un movimiento a su derecha.

Snoov-Xo hacía inauditos esfuerzos por ponerse en pie. Gitt manejó el cable, haciendo que la bola describiese un semicírculo trazado en un plano vertical y de sentido descendente-ascendente.

La bola bajó primero y subió después, alcanzando al final de su trayectoria la región situada justamente bajo la mandíbula del esbirro. Se oyó otro crujido de huesos y Snoov-Xo se desplomó sin sentido.

Gitt sonrió satisfecho. Lanzó suavemente la bola a lo alto y el cable se enroscó por sí mismo. Luego dio media vuelta y se dirigió a la salida del callejón.

* * *

—Ya tengo el gancho y la soga —anunció Dnevia.

—¿Y una copa de vino? —sonrió Gitt.

—Dos, si no tienes bastante con una —contestó ella, mirándole ardientemente.

Gitt tomó la primera copa. Luego enlazó con sus brazos el cálido y flexible talle de Dnevia.

Mientras él la besaba, Dnevia alargó el brazo izquierdo y apagó la luz.

Minutos más tarde, ella se atusaba el revuelto cabello azulado con las manos, delante de un espejo. Gitt estaba comprobando la solidez de la cuerda y el nudo que la unía con el gancho.

—Por cierto —dijo ella de pronto—, todavía no me has dicho para qué quieres la cuerda. ¿Piensas subir al cuarto de alguna hermosa, sin pasar por la puerta?

Gitt rió suavemente.

—¿De dónde has sacado el don de la clarividencia? —contestó, a la vez que se acercaba a la ventana—. ¿Quieres apagar la luz, por favor?

Dnevia, sorprendida, se volvió hacia él.

—¿Es cierto, entonces, que…?

—Como sé que eres una chica discreta, aunque también curiosa, voy a procurar que no pierdas el sueño esta noche —respondió Gitt—. Voy a visitar a Helena-ur-Rvorda.

—¡La Protectora! —exclamó Dnevia.

Justamente, pero… no has apagado la luz.

—Dispensa —murmuró ella, mordiéndose los labios—. Jamás había oído que Helena concediese citas a los hombres y menos a altas horas de la noche —añadió—. Es… repugnantemente virtuosa.

—La cita no es por los motivos que tú supones, persona mal pensada — él sonrió—. Se trata de un asunto de negocios.

—Vamos, no me digas que vas a componer una canción en su honor para lanzarla secretamente al mercado.

—Pues mira, no se me había ocurrido, pero puede que lo haga. Dnevia, ¿es que no has visto a los esbirros de Maldea?

La joven se estremeció.

—No me lo recuerdes —dijo—. El *chef* me ha dicho que más de la mitad de los clientes han tenido que tomar luego pastillas digestivas.

Gitt se echó a reír.

—El buen Bvid tiene un acusado sentido del humor —comentó. Y abrió la ventana en silencio.

La estancia se hallaba en un primer piso y daba a la parte trasera del edificio. Gitt asomó medio cuerpo por precaución y divisó la sombra de un individuo que estaba parado, al pie de la ventana.

—Ya me lo figuraba —musitó—. Ese condenado Maldea es más listo de lo que yo me pensaba.

—¿Cómo…?

—Chitón —susurró el terrestre—. Hay un espía al pie de la ventana.

CAPÍTULO III

Dnevia contuvo el aliento, mientras Gitt realizaba una extraña operación con la cuerda. Al cabo de unos segundos, se asomó de nuevo a la ventana, sujetando la cuerda con ambas manos.

En el extremo opuesto al gancho había hecho un lazo corredizo. Gitt balanceó la cuerda unas cuantas veces, hasta que estuvo seguro de no errar el tiro.

Debía acertar a la primera, de lo contrario, el espía de Maldea podía reaccionar y no con buenos modales. Acostumbrados sus ojos a las tinieblas, captó las imágenes del lazo cayendo sobre los hombros del vnariano.

El espía se sobresaltó. Sus manos se alzaron instintivamente.

En el mismo instante, Gitt pegó un tirón y el lazo se ciñó en torno a la garganta del vnariano. Se oyó un sordo gorgoteo.

Bajo la apariencia de una delgadez que casi parecía enfermiza, había en el cuerpo de Gitt unos músculos de hierro y una fuerza prodigiosa, cultivados a lo largo de bien calculados entrenamientos, raramente descuidados. Para él, resultó un juego de niños alzar en vilo al espía, que pataleaba frenéticamente al extremo del lazo.

La cabeza y los hombros del vnariano asomaron por el antepecho. Gitt sujetó la cuerda con una mano y con la otra tiró de un brazo del sujeto, lanzándolo al centro de la estancia.

El período de estrangulamiento había sido muy breve y, aunque en el rostro del espía había claros síntomas de asfixia, no había perdido todavía el conocimiento. Gitt lo consiguió, aplicándole el puño derecho al mentón, con un seco golpe, que lo tumbó de nuevo apenas incorporado.

Acto seguido, lo registró cuidadosamente, hallándole un emisor de situación que, calculó, lanzaba señales con intervalos periódicos. También le encontró una pistola que disparaba proyectiles paralizantes del sistema nervioso y un puñal.

Las armas pasaron a su poder. El transmisor volvió a su sitio; Gitt no quería que Maldea enviase a nadie a investigar, si cesaban las señales, que seguramente estaban siendo recogidas en un receptor. Quitó el lazo de la garganta del espía y enrolló la cuerda, pasándosela a continuación por el cuello y el hombro izquierdo.

Luego alzó en brazos el inerte cuerpo del vnariano.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dnevia.

—Un coche pasaba por aquí y lo atropelló —repuso él, a la vez que

sacaba el cuerpo del espía fuera de la ventana.

Abrió los brazos. Abajo, en las losas, se oyó un sordo «plaf».

—El envío ha llegado a su destino —dijo. Se llevó una mano a los labios y tiró un beso a Dnevia—. Adiós, hermosa. Ha sido una velada encantadora; que no olvidaré jamás.

Un hondo suspiro dilató el pecho de la vnariana.

—Y ya no te veré más —dijo melancólicamente, mientras Gitt se descolgaba por la ventana. Un segundo después, se oía en el exterior un rumor de pasos rápidos, que se extinguió muy pronto.

* * *

El gancho agarró sin apenas ruido el borde del parapeto de la terraza. Gitt comprobó que estaba bien sujeto y trepó rápidamente.

Instantes después, saltaba a la terraza, muy amplia y cubierta de flores y plantas en un buen espacio. Al otro lado divisó una vasta pared de vidrio, parcialmente cubierta por unos pesados cortinajes de color rojo oscuro.

Pisando de puntillas, Gitt se acercó a la pared de cristal, que media doce o quince metros de largo por tres de altura. Aquel muro cerraba uno de los laterales del dormitorio de Helena-ur-Rvorda.

Las cortinas ocultaban la mayor parte de la visión. Gitt se deslizó hacia la izquierda, hasta encontrar vidrio solamente. Entonces vio a Helena, reclinada sobre un diván.

Estaba despierta y tenía un libro en las manos, pero no leía. Gitt captó en su bello rostro una expresión de indudable melancolía.

Tocó suavemente con los nudillos. A la segunda llamada, el ruido llegó a los tímpanos de Helena, quien alzó vivamente la cabeza.

Los ojos de la joven contemplaron con asombro la figura del hombre que estaba al otro lado del cristal. Helena vio un individuo alto y delgado, de pelo más bien oscuro y rostro tostado, que sonreía jovialmente.

Se puso en pie. Alargo la mano y apretó un botón en una consola cercana. La pared de vidrio se descorrió a un lado en completo silencio.

—¿Quién es usted? —preguntó Helena—. ¿A qué viene a estas horas a mis habitaciones particulares?

Gitt hizo una profunda reverencia.

—Honorable Protectora —contestó—, mi orgullo se siente profundamente lastimado al oír esas preguntas. Su cara es conocidísima en decenas de planetas y yo creí que conmigo pasaría también lo mismo, pero veo que me he equivocado.

—¡Peter Gitt! —exclamó ella de repente.

—El mismo que viste… y canta cuando la ocasión lo requiere, Honorable —confirmó el terrestre sonriendo.

—Gracias por haber venido, Peter —dijo Helena—. Francamente, después de la negativa que le dio al coronel Ligius, ya no esperaba verle.

Gitt sonrió.

—Momentos antes, había recibido otra visita —expresó—. El general Maldea tuvo la amabilidad de manifestarme su disconformidad por un presunto asentimiento mío a su llamada.

Helena se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿El general Maldea le prohibió…?

—En efecto, señora.

Helena se mordió los labios. Luego, preocupada, dio unos cuantos pasos arriba y abajo de la estancia.

Gitt la contempló unos instantes. Era una joven de singular esbeltez, lo que no excluía rotundidad en los contornos de su silueta. Tenía el pelo muy claro, pajizo, y estaba extrañamente peinado en una aparatosa pirámide de casi medio metro, sujeta con un hilo de diminutos rubíes, de innumerables vueltas.

Ella vestía un traje largo hasta los pies, azul fuerte, abierto por un costado y sin mangas. El escote, moderadamente audaz, permitía ver el arranque de un seno de mórbidos contornos.

De pronto, Gitt se dio cuenta de una cosa.

—Señora, las cortinas —advirtió.

—Es verdad —recordó Helena.

Se acercó a la consola y presionó sucesivamente dos botones. Las cortinas y el vidrio cerraron por completo la habitación.

* * *

El general Maldea contemplaba la escena en la pantalla de un televisor, cuyo objetivo telescópico acercaba prodigiosamente las imágenes. Al correrse las cortinas, las figuras de Gitt y Helena desaparecieron de su vista.

Ya no podremos ver lo que pasa en la habitación —dijo, contrariado.

—Ni tampoco escuchar lo que dicen, señor —añadió el capitán Cvidius, ayudante del general—. La pared de vidrio tiene un sistema anulatorio de emisión de sonidos a toda prueba.

Maldea agitó una mano.

—No importa —dijo—. En primer lugar, Gitt ha demostrado que es un hombre realmente astuto. A mí no me engañó jamás y por eso esperé su llegada al dormitorio de Helena.

—Si se deshizo de Toov-Ze y de Snoov-Xo debe ser un hombre de enorme fuerza física —sugirió Cvidius.

—Todavía es más astuto, pero eso no es lo que me preocupa por el

momento. Bien, como ya me imagino lo que le va a pedir Helena, en lugar de impedírselo, procuraremos facilitarles las cosas.

—¿Cómo, señor? —se asombró Cvidius—. ¿Va a permitirle que salga de Vnarion?

Maldea sonrió pérfidamente.

—Claro que sí, mi buen Cvidius —contestó—. Le permitiremos que salga, pero no que vuelva a Vnarion… ¡porque jamás llegará a la Tierra!

* * *

—Tengo un espía en mi Estado Mayor, no cabe duda —dijo Helena—. Su entrevista con Maldea así lo prueba.

—Bien —sonrió Gitt—, descubrir al espía cuesta poco. ¿A quién confió usted sus propósitos de llamarme, señora?

—Solamente a una persona, señor Gitt —contestó Helena.

El terrestre extendió las manos, como dando a entender, con el gesto, que sus palabras acababan de tener inmediata confirmación.

Helena se puso pálida de furor.

—Nunca pude creer que… —exclamó.

—Señora, permítame que le diga que el coronel Ligius no me pareció una persona con demasiada inteligencia. De otro modo, me habría visitado antes que el general.

—O tal vez el general se sintió demasiado impaciente por amenazarle a usted.

Quizá —admitió Gitt—. Pero todavía no me ha dicho usted los motivos de la llamada, señora.

—Deseo pedirle un favor muy importante, señor Gitt…

—Peter, por favor, señora —rogó él, con la sonrisa en los labios.

—Muy bien, Peter —accedió Helena—. El favor que deseo pedirle es… ¿Ha oído hablar usted de Sbynior?

—Por supuesto, señora. No hace mucho estuve allí dando un recital de mis canciones.

—Y, probablemente, en misión secreta también.

Gitt fingió un ligero ataque de tos.

—Estuve visitando a unos amigos —contestó en tono evasivo.

—Ya —dijo Helena—. Bien, volvamos a Sbynior. ¿Conoce usted los planes de su gobierno?

—Los últimos, últimos, no, desde luego. ¿Qué sucede, señora?

—Sbynior quiere conquistar a Vnarion. Por supuesto, no será una conquista entendida en términos absolutos, sino que sumará mi planeta a su órbita le influencia, usted ya me comprende.

Gitt sonrió.

—Vamos, que quieren que Vnarion descienda a la categoría de satélite.

—Justamente —corroboró Helena—. Y ni yo ni, estoy segura, la mayoría de los vnarianos, quieren que suceda una cosa semejante. Nos sentimos orgullosos de nuestros sentimientos de libertad, basados en la tolerancia y el respeto a los derechos humanos, y durante siglos, más de un milenio, nadie ha osado alterar esta situación.

—Hasta que apareció un gobierno en Sbynior, compuesto por hombres ávidos de poder y celosos de alcanzar las mayores preeminencias, no sólo sobre los suyos, sino también sobre otros que no son nacidos siquiera en Sbynior.

—En efecto, así es. Y por esa razón quiero que lleve usted un mensaje a la Tierra, en demanda de ayuda.

—¿Un mensaje? —repitió Gitt—. ¿Qué es lo que tengo que decir, señora?

Eso quedará de mi cuenta, Peter —contestó Helena sorprendentemente.

CAPÍTULO IV

Gitt divisó sobre un aparador varios frascos de cristal tallado y copas. Eligió un frasco que contenía vino rojo, se sirvió una copa y la despachó de un trago.

—Lo que usted quiere decir es que he de llevar a la mensajera que lleva el mensaje —habló, una vez repuesto de la sorpresa recibida.

—Sí —confirmó ella.

Gitt llenó su copa nuevamente y jugueteó un poco con ella.

—¿Y por qué no puedo llevar yo solo el mensaje y usted se queda en Vnarion? —preguntó.

—En vuestro Parlamento se podrían producir discusiones acerca de la autenticidad del mensaje —alegó Helena—. Si yo, en persona, expongo la petición de ayuda, conseguiré mucho más que con un simple mensaje dirigido al Secretario de Relaciones Extraterrestres.

—Lo cual no quiere decir que el Parlamento apruebe la ayuda terrestre a Vnarion —objeto él.

—Bien, debo correr ese riesgo, aunque espero conseguir esa ayuda.

—¿En qué basa sus esperanzas, señora?

—En la situación estratégica de Vnarion, Peter. La Tierra, creo, no consentiría que Vnarion se convirtiese en la avanzadilla de un sistema de tendencias expansionistas. El segundo sistema planetario quedaría así directamente amenazado… y de éste al Primer Sistema Solar no hay más que un paso, hablando, naturalmente, de distancias estelares.

—Sí, comprendo. Vnarion tiene una envidiable situación estratégica, no sólo por su situación en el espacio, sino por su neutralidad, que le haría fácil presa de unos arribistas. ¿Qué propondría usted al Parlamento terrestre?

—El envío de una guarnición no muy numerosa, por supuesto; sólo una brigada. Pero ello sería suficiente para demostrar a los de Sbynior que la Tierra defiende la neutralidad de Vnarion.

Una brigada —musitó él—. Tres mil hombres, aproximadamente.

—Creo que bastarían —insistió Helena.

—Y usted quiere pedirlo públicamente, pero ¿por qué no usa el sistema de transmisión instantánea?

—El satélite está en manos de hombres fieles a Maldea. Tergiversarían mis demandas de ayuda… o cambiarían la respuesta de la Tierra. Insisto en que debo ir yo personalmente.

—¿Qué piensa ganar Maldea si Sbynior consigue sus propósitos?

—¿Por qué luchan los hombres? Por las ideas, por ambición de poder… o simplemente por dinero. Elija usted la respuesta que más le agrade, Peter.

—Hay otro motivo más que no ha mencionado, señora.

—¿Cuál? —preguntó Helena, extrañada.

—Usted misma, señora.

* * *

Helena enrojeció vivamente.

—No creo que…

Gitt la interrumpió en seguida.

—Señora, usted ostenta el título de Protectora, debido a la muerte fulminante de su esposo sólo unas horas después de la boda. El Honorable Gerghert-ur-Rvorda la eligió a usted por esposa y, conforme a la ley, ha heredado, además del apellido, los títulos y prerrogativas de su difunto esposo.

—Es cierto, pero temo que usted no conoce bien las leyes de Vnarion al respecto —alegó ella.

—Explíquese, por favor —rogó Gitt.

—Yo podría casarme ahora, desde luego, pero mi esposo no recibiría el título de Protector, a no ser que fuese aprobado por elección popular. Y mi primogénito, tanto varón como hembra, no podría heredar ese título tampoco.

—Maldea puede hacerse elegir Protector.

—¿Antes de casarse conmigo?

—O después, lo mismo da.

Helena hizo un gesto negativo.

Temo que a Maldea le agrade más el título que quien lo ostenta en la actualidad —contestó.

—Lo que no excluye que rechazase ambas cosas —dijo Gitt maliciosamente.

—Sí, pero entre elegir el cargo o elegirme a mí, Maldea no dudaría un solo instante: elegiría el cargo.

—Demostrando así un pésimo gusto.

Helena se sonrojó ligeramente.

—Está bien, Peter, ¿qué me contesta usted? —solicitó con cierta impaciencia.

—Hay otro punto que resolver, señora —dijo él.

—Dígamelo, Peter.

—La opinión de su gobierno, señora. ¿Aprobará su gesto? Tengo entendido que su cargo es más bien decorativo que efectivo.

—La ley me concede derecho de veto sobre decisiones de importancia

tomadas por mi gobierno. Ninguno de sus miembros se ha opuesto al avance de Sbynior. Acudiendo al Parlamento terrestre, les pondré ante los hechos consumados y tendrán que dimitir.

—Teóricamente, es una solución correcta, pero usted puede encontrarse con la sorpresa de ser depuesta del cargo.

Helena sonrió.

—Un Protector sólo puede ser desposeído de su cargo por votación general. Y dudo mucho que el pueblo vnariano votase en contra mía.

—¿Quién sabe? Si esos tipos empiezan a acondicionar a la gente, acabarían votando incluso el que Vnarion se transformase en Sbynior XII. Son once los planetas de Sbynior, ¿no?

—En efecto, pero, insisto, no lo conseguirían. Bien, Peter, ¿qué me dice usted? Lléveme a la Tierra y le cubriré de oro.

Gitt estudió a la joven de pies a cabeza un instante. Luego contestó:

—No quiero oro como recompensa, señora. Sólo quiero…

—¿Qué. Peter?

—A usted misma, señora.

Helena se sofocó violentamente al oír aquellas palabras. Fue a decir algo, pero, tras unos segundos de reflexión, sonrió y avanzó hacia Gitt.

Sus brazos, largos y flexibles, de blancura de mármol, se elevaron para enroscarse en torno al cuello de Gitt.

—Muy bien —aceptó con voz insinuante—. Empieza ya a cobrar tu recompensa.

Gitt sonrió. Puso las manos en la esbelta cintura de la joven Y la miró al fondo de los ojos.

De súbito, dejó de sonreír. Apartó a Helena de un manotazo y ella se tambaleó.

—¡Peter! —exclamó Helena, sorprendida.

—Silencio —recomendó él, enérgicamente, a la vez que cruzaba de puntillas la estancia.

* * *

El dormitorio, en realidad, era una estancia triple, dividida por grandes y pesados cortinajes. Una de las partes contenía el lecho, otra era una vasta sala de descanso y recepción para los íntimos y la tercera era el baño, con una pileta oval de diez o doce metros de eje máximo.

La puerta de acceso estaba al fondo. Gitt la alcanzó pisando como un gato y se agachó para escuchar un instante.

Un ligero ruidito, una especie de rascado muy suave, hirió sus tímpanos casi en el acto. Ello confirmó sus sospechas.

En realidad, el ruido no sonaba en la misma puerta, sino junto a una de

sus jambas. Helena contemplaba sus acciones con la sorpresa pintada en su rostro.

De súbito, Gitt se incorporó y asió el tirador. La puerta se abrió un instante después y dos individuos aparecieron ante sus ojos.

—Hola, coronel Ligius —dijo—. ¿Por qué no entra en las habitaciones de la Protectora y escucha todo lo que estamos hablando?

La cara de Ligius se puso del color de la langosta cocida. El otro individuo dejó los aparatos con que manipulaba en la base del muro exterior y se puso también en pie.

Helena dio un paso hacia delante, muy indignada.

—Coronel, es usted un traidor…

Gitt la interrumpió en el acto, aunque no de una manera directa. Agarró a Ligius por la pechera de su uniforme, tiró de él hacia sí y, al mismo tiempo, levantó la rodilla derecha.

Ligius se curvó, a la vez que lanzaba un quejido agónico. El puño derecho de Gitt se abatió con desvastadores efectos sobre su nuca.

El otro individuo introdujo la mano dentro de su blusa y sacó una pistola paralizadora. Gitt le golpeó con la mano izquierda en la muñeca armada, desviando el primer tiro. La pistola saltó por los aires, pero el otro no se entregó.

Saltó hacia atrás y extrajo de su funda un puñal trifoliado.

Mirando a Gitt, con ojos llenos de furia alargó el brazo y avanzó un paso. Gitt retrocedió lentamente, sin perder de vista a su adversario.

Conocía de sobra los efectos de un puñal trifoliado. La hoja, al penetrar apenas un centímetro en la carne, se dividía en tres, y causaba horribles heridas, con sus filos de navajas de afeitar. Una puñalada en el estómago era la muerte segura en medio de espantosos sufrimientos.

El esbirro le lanzó un tajo y erró por milímetros. Gitt saltó hacia atrás y luego corrió cuatro o cinco pasos, perseguido por el intruso.

De súbito, Gitt se detuvo. Ya tenía en la mano el agarradero de su arma favorita.

Su atacante le tiró otro tajo feroz. Gitt se desvió a un lado, de modo que el sujeto pasó por delante de él, situándose muy cerca de la vidriera. Al ver fallado el golpe, se volvió solamente para enfrentarse con la bola de metal con púas, que ya giraba silbando en el aire.

La bola le alcanzó en un hombro, arrancándole un aullido indescriptible. Se tambaleó, presa de un sufrimiento inenarrable, pero un segundo golpe, que llegó a su cráneo, justamente sobre la oreja izquierda, acabó con la pelea.

Se oyó un terrible chasquido. El sujeto permaneció un instante en pie, con ojos vidriosos, y luego se desplomó de golpe, como un saco vacío repentinamente de su contenido.

Gitt inspiró con fuerza. La bola volvió de nuevo al bolsillo.

—Cierre la puerta, Helena —aconsejó él.

La joven salió de su inmovilidad y echó a correr hacia la puerta. Gitt apartó las cortinas que ocultaban el lecho y rasgó una sábana en varias tiras, con las cuales ató y amordazó a Ligius.

—¿Tiene dinero a mano? —preguntó después.

—Sí, algunos miles… ¿Por qué quiere saberlo? —se extrañó ella.

—¿Cuándo pensaba partir usted hacia la Tierra?

—Oh… dentro de dos o tres días…

—Nada de eso —contradijo Gitt—. Nos iremos hoy mismo.

—Pero…

—Vamos, cámbiese de ropa rápidamente y tome el dinero. No podemos perder ya un minuto. Ligius estaba montando un micrófono para escuchar cuanto se decía aquí, ¿lo comprende ahora?

Helena hizo un signo de asentimiento. Luego entró en el dormitorio y se acercó al ropero.

CAPÍTULO V

Minutos más tarde, Helena salía vestida con un traje de una sola pieza, de color negro, encima del cual se puso un chaquetón corto, forrado de piel, con capucha. Como calzado, llevaba unas botas de mediano tacón con cordones, que le llegaban un poco más arriba de los tobillos.

—¿Estoy así bien? —consultó.

—Preciosa —respondió Gitt, a la vez que alargaba la mano hacia el bolso que ella sostenía en la izquierda—. ¿Qué tal se le da bajar por una cuerda?

—Suelo hacer gimnasia con alguna frecuencia —dijo Helena.

—Eso está bien; conserva la figura —rió él.

Apagaron la luz y cortinas y cristalera se deslizaron a un lado. Gitt inició el descenso en primer lugar y ella le siguió inmediatamente.

Momentos más tarde, corrían por las calles en silencio, agarrados de la mano. Helena advirtió de repente que no se dirigían al astropuerto y se lo hizo saber así a su acompañante.

—Ya lo sé —respondió Gitt.

Un cuarto de hora más tarde, se detenían en la trasera de un edificio que Gitt conocía muy bien. El terrestre observó, complacido, que el espía había desaparecido ya.

—¿Vamos a subir ahí? —preguntó Helena, asombrada.

—Sí.

Gitt se había llevado consigo la cuerda y el gancho, por medio de los cuales trepó a la habitación de Dnevia. Luego se inclinó sobre el antepecho y dijo:

—Agárrese fuerte; voy a tirar de usted.

Helena fue izada rápidamente. Al penetrar en la estancia, preguntó:

—¿Por qué me trae aquí, Peter?

—Aguarde un momento, por favor.

Gitt cerró la ventana y corrió las cortinas. Luego buscó el interruptor de la luz.

—Dnevia —llamó a media voz.

Nadie le contestó. Gitt se encogió de hombros.

—Estará en su despacho —supuso.

Luego se acercó a la joven y le quitó el chaquetón.

—Siéntese frente al tocador —ordenó.

Helena obedeció sin rechistar, preguntándose qué iba a hacer Gitt con ella. Pero, al observar un detalle en la estancia, quiso que él le diera una

explicación.

—¿Qué hay detrás de aquellas cortinas, Peter? —inquirió.

—Oh, el dormitorio de una amiga mía.

Helena le contempló con suspicacia a través del espejo.

—Cuyo camino debe de conocer usted incluso a ciegas, ¿no?

Gitt soltó una risita.

No sea mal pensada —respondió.

Y, acto seguido, con dedos rápidos y diestros, desenredó la larga cinta de rubíes que sujetaba el complicado peinado de la joven.

Luego lo deshizo sin la menor compasión. Helena apretó los labios con furia.

—¿Es necesario? —preguntó.

—Sí —respondo él.

Luego tomó unas tijeras. Las manos de Helena se crisparon sobre el borde del tocador, mientras las tijeras cortaban implacablemente su abundante cabellera.

—Me llegaba hasta más abajo de la cintura —dijo casi llorando.

—Es usted joven, ya le crecerá —replicó él.

Minutos más tarde, Helena había quedado con el pelo de un adolescente. Pero Gitt no dio por terminado ahí su trabajo.

Estudió los frascos de tocador y, al final, eligió uno.

—¡No me gusta el color azulado en el pelo! —gritó ella.

—A mí tampoco… en los hombres —rió Gitt.

Un cuarto de hora más tarde, Helena contemplaba en el espejo la labor de Gitt. Su aspecto se había transformado por completo.

—Bueno… —sonrió de mala gana—, la verdad es que no estoy mal del todo.

—Cuando una mujer es guapa, todo le sienta bien —contestó Gitt—. ¿Lista para ir la astropuerto?

—Cuando guste, Peter.

De pronto, Gitt frunció el ceño.

—Es raro —observó—. Dnevia no suele permanecer en su despacho hasta tan tarde.

Se acercó al dormitorio y separó las cortinas. Un instante después, las cerraba de golpe.

—¿Qué sucede, Peter? —preguntó Helena, sumamente alarmada.

Gitt se volvió hacia ella, con la cara completamente blanca.

—La han estrangulado —respondió.

Helena se puso las manos en la boca para no gritar.

—Era una mujer muy hermosa y me ayudó sin interés alguno —murmuró Gitt con voz concentrada—. Alguien lo pagará un día, lo juro.

Ya no quiso asomarse más al dormitorio. La visión de Dnevia, con una

cuerda fina todavía enroscada a su cuello, no tenía nada de agradable.

—Vamos —decidió, tras apagar la luz.

Antes de salir, Gitt observó la calle.

—El camino está despejado —anunció.

* * *

—Y yo me pregunto por qué desobedeció usted mis órdenes, coronel —vociferó Maldea, congestionándose de ira.

—Pero, general, creí que a usted le interesaría obtener información directas de la cámara de Helena-ur…

—Si lo hubiera deseado, ya le habría dado la orden —replicó Maldea —. Lo lastimoso es que solamente haya muerto su ayudante; usted debería haberle hecho compañía también.

—Gitt nos sorprendió, no sé cómo…

—Porque, seguramente, estaban haciendo una labor de aficionados —masculló el general.

Pero no quiso decir que Gitt y Helena se le habían escabullido y que no sabía dónde se hallaban en aquellos instantes. Tampoco quiso mencionar el apaleamiento de sus esbirros ni la lección recibida por el espía que había situado al pie del dormitorio de Dnevia.

Igualmente calló que el capitán Cvidius había estrangulado Dnevia. También él había cometido fallos, aunque se sentía en situación de rectificarlos mucho mejor que el imbécil de Ligius.

La puerta del despacho se abrió de repente y Cvidius cruzó el umbral.

—Traigo noticias, general —anunció.

—¿Alguna pista, Cvidius?

—Sí, señor. Gitt ha despegado rumbo a la Tierra hace una hora escasamente. Llevaba una pasajera.

—¿Helena?

Oficialmente, se llama Tvonia-ur-Tvonn y la lleva como… acompañante, señor.

Los dedos de Maldea tabalearon sobre la mesa, mientras sus labios se distendían en una ligera sonrisa.

—Es de suponer que Tvonia-ur-Tvonn no tendría el aspecto de la Honorable Protectora —opinó.

—Así es, general; era una chica de pelo corto y azulado, vestida con bastante discreción…

—Resulta lógico, Cvidius —manifestó el general—. Bien, ese estúpido de Gitt ha hecho exactamente lo que estábamos aguardando. Capitán, ordene que alisten de inmediato mi nave de mando, con pertrechos de guerra. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—Deberá estar lista para zarpar dentro de sesenta minutos exactamente. Eso es todo. Cvidius.

—Zarparemos dentro de una hora, señor —aseguró el esbirro.

* * *

Reclinado con indolencia en un muelle diván, Gitt rasgueaba las cuerdas de su guitarra, arrancando al instrumento melodiosos sonidos. Helena entró de pronto en la cámara y se detuvo frente a él, con las manos en los costados.

—¿Así pilota usted la nave? —preguntó.

—¿Es que piensa que voy a pasarme el viaje entero sentado ante los instrumentos? La órbita a la Tierra está ya debidamente programada. Es todo cuanto tenía que hacer.

—¿Y en el aterrizaje?

—La programadora puede hacerlo también automáticamente. Me avisará a tiempo y entonces tomaré una decisión.

Helena paseó la vista por los alrededores.

—Una nave muy bien equipada —elogió.

—Me costó bastante dinero, en efecto —admitió él, sin dejar de rasguear las cuerdas.

—¡Hum! —dudó ella.

—¿No me cree?

—Peter, esa programadora de órbitas no es un instrumento que se venda al público, como una botella de vino.

—Hombre, claro, pero si se tiene en cuenta mi otro oficio, resulta lógico que el Servicio de Información Terrestre me regalase el aparatito, con cargo a ciertos fondos secretos que no es preciso mencionar.

—Entiendo. Peter, ¿qué le gusta a usted más? ¿Componer canciones y cantarlas o ser espía?

—La última palabra es muy cruda, Helena.

—Pero define exactamente su segundo oficio.

—Eso sí es verdad —admitió el sin inmutarse.

—Bueno, todavía no me ha contestado. ¿Qué le gusta más, Peter?

—Ambas cosas pueden compaginarse muy bien.

—Pero un día tendrá que decidirse por una de las dos.

—Quizá…

—Cuando se case, por ejemplo. A su mujer no le gustará que usted corra riesgos.

—Acaso tampoco le gusten mis correrías como cantante. Suele uno tropezarse con admiradoras tan bellas como ardientes.

Ella entornó los párpados.

—¿Me calificaría a mí en esa clase, Peter?

Gitt arrancó a las cuerdas un acorde final. Luego se puso en pie y avanzó hacia ella.

Helena le aguardó a pie firme. Gitt rodeó su talle con los brazos.

—Todavía no me he cobrado la recompensa —dijo.

—Estoy dispuesta a pagar en cualquier momento —repuso Helena, sonriendo maliciosamente.

Gitt buscó con avidez los rojos labios de la joven. Pero su gesto quedó a mitad de camino.

Un tañido musical, repetido a intervalos periódicos de escasa frecuencia, invadió la cámara: *¡NANG! ¡NANG! ¡NANG!…*

Gitt lanzó un juramento.

—¡El detector de proximidad de colisión! —exclamó.

CAPÍTULO VI

Gitt corrió hacia la cámara. Helena le siguió en el acto.

Una lámpara de color rojo oscilaba repetidamente. Los centelleos aumentaban cada vez más.

—Esa nave está muy cerca ya —anunció él—. Siéntate, Helena —la tuteó bruscamente—. No me gusta nada esta alarma de colisión.

Se sujetó con los arneses de seguridad y ella le imitó. Prácticamente, era como meterse en una armadura de la que sólo emergían la cabeza, los brazos y las piernas a partir de las rodillas.

Un mecanismo automático permitía soltarse los arneses en el momento deseado. El interior de la armadura se amoldaba automáticamente a las características anatómicas de su ocupante.

—Estamos en un sector desierto —dijo Helena—. ¿Por qué hemos de chocar con una nave? ¿No se tratará de algún minúsculo asteroide?

—Todavía estoy por ver asteroides compuestos casi exclusivamente de metal —contestó él—. La alarma sonaría muy diferente.

—Comprendo.

Las pantallas detectoras estaban en funcionamiento. Gitt hizo un «barrido» con el telescopio conectado a la de televisión sin encontrar nada que llamara especialmente su atención.

—Es raro —dijo—. La alarma suena cuando el peligro se presenta a un mínimo de dos millones de kilómetros.

—¿No se ve nada, Peter?

—El ojo humano no ve nada, pero otros instrumentos captan infaliblemente las señales de una nave extraña, situada en el interior de una esfera de dos millones de kilómetros de radio y cuyo centro lo ocupamos nosotros.

—¿Podrías captarla con el telescopio?

—Sin duda, pero sospecho que el piloto de esa astronave ha puesto en funcionamiento su interferidor de visión.

—Lo que la hace invisible para nosotros.

—Efectivamente.

—En ese caso, no cabe duda; es una nave de guerra, Peter.

Gitt asintió.

— Así tiene que ser; y cuando se oculta en la invisibilidad, es que sus intenciones no tienen nada de amistosas.

De repente, otra lámpara centelló con intermitencias de ritmo superior a ciento veinte por segundo.

—¡Cuidado, Helena —gritó Gitt—; acaban de dispararnos un torpedo espacial!

* * *

—Ahí está la nave de Gitt, señor —dijo Cvidius, satisfecho.

Maldea ocupó el puesto del piloto.

—¿Funciona el interferidor de visión? —preguntó.

—Está conectado, señor —respondió Cvidius.

Maldea arrojó un vistazo a la pantalla de televisión.

—Una imagen de nitidez perfecta —calificó.

Luego pulsó un botón en el cuadro de mandos.

Un rectángulo de color anaranjado, subdividido en una docena de cuadros más pequeños, todos ellos numerados correlativamente, se encendió de inmediato.

—Estupendo —dijo Maldea—. La cámara de torpedos informa que todo está en orden. Vamos a programar ahora la trayectoria de nuestro primer disparo.

La imagen de la nave de Gitt se veía justamente en la cruceta del visor de puntería de la pantalla de televisión, en la cual aparecían y desaparecían sucesivamente las cifras que marcaban la distancia. Maldea anunció sus propósitos.

—Voy a corregir un grado el rumbo de mi astronave.

—¿Por qué, señor? —preguntó Cvidius, asombrado.

—Ahora lo verá, capitán.

La nave de Gitt quedó ligeramente a la derecha de la cruz filar. Un segundo después, Maldea pulsó el botón de programación de disparo del primer torpedo.

Otro segundo más tarde, se encendió una luz verde, que anunciaba que la trayectoria del torpedo había quedado programada de acuerdo con las indicaciones de los instrumentos. Entonces, Maldea presionó el botón de disparo.

La distancia de casi dos millones de kilómetros que separaba al proyectil de su blanco fue cubierta a velocidad sublumínica, escasamente inferior a los trescientos mil kilómetros por segundo. Un segundo indicador marcaba la distancia entre el blanco y el torpedo, con cifras velozmente decrecientes, y el tiempo transcurrido desde el lanzamiento, en segundos, décimas y centésimas de segundo.

Cuando habían transcurrido seis segundos, cuatro décimas y veintiocho centésimas, se produjo la explosión.

Maldea y su ayudante vieron el fogonazo en un tiempo ligeramente inferior al que había pasado desde el disparo. Cvidius observó que la nave

perseguida continuaba visible.

—General, ha errado el blanco deliberadamente, si me permite decirlo.

—¿Por qué no? —Maldea sonrió—. Precisamente es lo que quiero conseguir: errar los blancos, pero hacer que los torpedos estallen a suficiente distancia como para hacer que Gitt desvíe su órbita.

—Pero luego podrá rectificarla, señor.

—Si mi plan surte efecto, y creo que lo tendrá, Gitt y su bella acompañante desaparecerán para siempre.

Cvidius se sentía desconcertado.

—Perdón, señor, pero creo que un impacto directo, cosa fácil de conseguir…

—Un impacto directo no «disuelve» la nave en el espacio. Siempre quedan restos metálicos, que podrían ser detectados y sujetos más tarde a una enojosa investigación, que no nos conviene en modo alguno.

—Se podría averiguar que eran los restos de una nave destruida deliberadamente.

—En efecto —contestó Maldea, mientras disparaba el segundo de sus torpedos—. Lo único que pretendo yo es desempeñar el papel del pastor que guía a su rebaño al redil con su cayado y sus perros. Mis torpedos, naturalmente, son el cayado y los perros de ese rebaño hipotético.

—Voy comprendiendo, señor —dijo Cvidius—. Y, ¿dónde está situado el redil hacia el cual son conducidas dos reses con forma humana?

Maldea lanzó una atronadora carcajada. El botón verde de «listo» se iluminó y disparó su tercer proyectil.

—¡Al otro lado de la Barrera de Ktor-Shimd! —contestó.

* * *

Un vivísimo fogonazo barrió las tinieblas y su resplandor penetró en la cabina, arrojando crudas sombras en todas direcciones. Gitt masculló una interjección, mientras trataba de hacer seguir a la nave una órbita de evasión.

—Nos están siguiendo implacablemente —dijo.

—¿Hay algún medio para eludir su persecución? —preguntó Helena.

Gitt hizo un gesto de pesimismo.

—Mi nave está sumamente perfeccionada en lo referente a instrumentos, pero no es una nave de guerra —contestó—. Ten en cuenta que yo no podía aparentar lo que no era, ¿comprendes?

El detector señaló la aproximación de otro proyectil. Gitt desvió la nave a tiempo y el torpedo estalló inofensivamente a treinta o cuarenta mil kilómetros de distancia.

—¿Cuál es el radio de acción de esos proyectiles? —preguntó Helena.

—Entre veinte y veinticinco mil kilómetros —respondió Gitt—. De todas formas, nuestra seguridad estriba en situarnos a treinta mil kilómetros, como mínimo, del centro de ignición.

—¿Y qué me dices de la velocidad?

Gitt desvió la nave otra vez, a la derecha y hacia abajo, según el primitivo plano orbital. La siguiente explosión se produjo, silenciosamente deslumbradora, a cuarenta y siete mil kilómetros de distancia, según las indicaciones de los instrumentos.

Los labios de Gitt se contrajeron.

—Por ahora —contestó—, parece que eludimos bastante bien los disparos. Esos seis o siete segundos que transcurren entre el lanzamiento y la explosión son suficientes para corregir nuestra trayectoria.

Los perseguidores hicieron un nuevo disparo. Gitt se lanzó en un profundo picado, casi vertical, a doscientos noventa y siete mil kilómetros por segundo.

Estoy pensando —dijo Helena.

—¿En qué? —preguntó él, sin separar la vista de los instrumentos.

—Todo esto me parece muy extraño, Peter. Maldea no es un zoquete, precisamente. Ha disparado ya seis o siete torpedos y ninguno ha alcanzado el blanco. ¿Cómo es posible que haya fallado tantas veces?

Gitt se quedó parado.

—Pues…

De súbito, divisó delante de sus ojos una faja de total negrura, en la que habían desaparecido las estrellas por completo. La faja aumentaba de tamaño a velocidad vertiginosa.

—¿Qué es eso? —gritó Helena, asustada.

—No te preocupes —respondió él—. Debe ser una nube opaca de gases estelares. Pasaremos sin dificultad al otro lado y es muy probable que la alta ionización de esos gases altere las observaciones instrumentales de la nave que nos persigue.

Casi en el mismo instante, se produjo otra explosión a cincuenta y dos mil kilómetros de distancia. Una fracción de segundo después, la nave se zambulló en aquella zona completamente negra.

Durante unos segundos, no ocurrió nada. De pronto, Gitt y Helena vieron brillar otra explosión, si bien el resplandor quedaba considerablemente atenuado. Pero aquella explosión pareció tener consecuencias para ellos, porque, en el mismo momento, un vivísimo fogonazo llenó de luz la cabina.

Helena chilló con fuerza. Gitt notó, como si un millón de alfileres le pincharan a la vez en todas las regiones de su cuerpo.

Sintió una angustia mortal y todo cuanto le rodeaba comenzó a dar vueltas a su alrededor. Empezó a perder el conocimiento y pensó que,

aunque tenía la sensación de que transcurrían algunos segundos, esto no era sino un efecto particular de la explosión que les había alcanzado de lleno, destruyendo la nave.

Estaban desintegrándose en millones de minúsculos fragmentos y todo ello ocurría en fracciones de segundo, se dijo. Luego, la oscuridad y el silencio totales le envolvieron y sus sentidos le abandonaron por completo.

CAPÍTULO VII

Un vivo resplandor iluminó la cabina. Gitt abrió los ojos y miró a su alrededor con sorpresa.

—Estoy vivo —fue lo primero que pensó.

Haciendo un esfuerzo, presionó el resorte de abertura de los arneses de sujeción. Apoyado en uno de los brazos del sillón, consiguió ponerse en pie.

—Supongo que no estaré soñando —masculló—. El proyectil estalló demasiado cerca y la explosión nos afectó, aunque no mortalmente, por fortuna —dedujo.

Probó a caminar. Sus piernas le respondieron casi con normalidad. Notaba un ligero envaramiento, pero desapareció a los pocos segundos.

Helena tenía los ojos cerrados. Gitt la examinó unos instantes y vio que estaba sin sentido.

—Esto pasará en seguida —dijo.

Fue a la cámara y vertió un poco de licor en un vaso. Tomó un sorbo y regresó a la cabina de mando.

Tras liberar a Helena de sus ataduras, le hizo beber un trago. Ella tosió unos instantes y acabó por abrir los ojos.

—Hola, Peter —dijo, con desvaída sonrisa.

—Estamos vivos —sonrió él.

—¿Qué ha pasado? ¿Sabes algo, Peter?

Gitt se encogió de hombros.

—Perdimos el conocimiento —respondió—. Tal vez realicé una maniobra demasiado brusca… Se llaman arneses de seguridad, pero nadie garantiza que la seguridad sea total. Termina de beberte el vaso; acabarás por recuperarte del todo.

Helena asintió. Los colores retomaron poco a poco a sus mejillas.

—Parece que hemos eludido la persecución —dijo.

—Eso creo yo —él sonrió también—. Los instrumentos, por fortuna, no detectan nada sospechoso.

—¿Crees que fue Maldea quien intentó matarnos, Peter?

Lo mismo da él o alguno de sus esbirros, aunque tengo la sensación de que les hemos dejado con un palmo de narices.

Helena se rascó de pronto en la zona del estómago.

—Me pica —se quejó.

—Consecuencias de la velocidad —contestó él—. Se te pasará pronto.

—Esa nube de gases estelares nos ha ayudado mucho, ¿no crees?

—Si ha provocado interferencias en sus instrumentos de detección, no cabe la menor duda, Helena.

De pronto, ella lanzó una exclamación.

—¡Peter! ¿Estás seguro de que no nos ha ocurrido nada?

—¿Por qué dices eso? —se extrañó él.

La mano de la joven señaló uno de los instrumentos.

—Mira la astrobrújula, Peter —indicó—. Está girando a una velocidad que me parece excesiva.

Gitt frunció el entrecejo. Antes de que pudiera formular la menor observación, sus ojos captaron la línea curva del horizonte de un planeta que aparecía lentamente por el lado izquierdo de la nave, a medida que ésta giraba en aquel sentido.

* * *

Gitt y Helena observaron a ojo desnudo las imágenes de aquel gigantesco globo, suspendido en el espacio y hacia el cual parecían acercarse a gran velocidad. Dada la posición que ocupaban, Gitt adivinó en seguida que el plano del suelo de la cabina estaba perpendicular al suelo del planeta.

—Siéntate, Helena —dijo—. Voy a corregir la posición de la nave.

—¿Piensas aterrizar ahí? —preguntó ella.

—En seguida te lo diré —repuso Gitt, apretando los dientes.

La posición relativa del planeta cambió. Gitt examinó unos cuantos instrumentos y movió la cabeza con gesto pesimista.

—Tenemos que aterrizar, Helena —decidió por último.

—¿Alguna avería? —preguntó ella.

—Sí. Las explosiones han afectado al detector de cuerpos celestes, que no funciona en absoluto. De lo contrario, habríamos captado la proximidad del planeta sin necesidad de verlo a simple vista.

—Entiendo. ¿Será difícil la reparación?

—En todo caso, instalaría el de repuesto. Es cuestión de quitar la pieza, hacer los empalmes necesarios con los detectores externos y probar. Un par de horas, a lo sumo, pero es operación que debe hacerse en tierra, mejor que en el espacio, con escafandra de vacío.

—De acuerdo —manifestó ella—; así conoceremos un mundo nuevo.

El suelo del planeta se acercó rápidamente. Como no había radiofaros en la superficie que colaborasen para el automatismo de la maniobra, Gitt tuvo que realizarla personalmente.

Entrevió a lo lejos montañas altísimas y, más cerca, árboles de tamaño gigantesco, pero toda su atención estaba concentrada en tomar tierra sin dificultades. Momentos más tarde, un ligero choque les anunció que las

patas sustentadoras habían tomado contacto con el suelo.

—Bien, ya hemos llegado —dijo, a la vez que desconectaba los motores.

—¿Vamos a salir afuera? —preguntó ella.

—Yo, por lo menos. Tú, si lo deseas.

—Me gustaría hacerlo, Peter.

—En ese caso, vete al armero y saca una pistola paralizadora. No sabemos qué clase de gente podemos encontrarnos aquí y si serán amigos o enemigos.

—Sí, Peter.

Mientras ella se equipaba, Gitt fue al almacén de repuestos y sacó un equipo completo de detector de cuerpos estelares. Cargó equipo y herramientas en una bolsa, se puso un cinturón con una pistola paralizante y se dirigió a la escotilla.

Helena salía de su cámara en aquel momento. Gitt abrió y la escalera se desplegó automáticamente.

Una exclamación de asombro se escapó en el acto de los labios de la joven.

—¡Cielos! ¡Qué paisaje tan tétrico! —exclamó.

Gitt se quedó perplejo. Las rocas abundaban por todas partes. El suelo era sumamente pedregoso, con pedruscos que alcanzaban a veces el tamaño de una persona. Había extrañas hierbas y plantas que llegaban a cientos de metros de altura y, a lo lejos, se divisaban unos árboles que parecían tener más de dos mil metros, de la copa al suelo.

—¡Peter! ¿Adónde hemos venido a caer?

Gitt no supo qué contestar. Se limitó a decir.

—Nunca había visto una cosa semejante.

Helena saltó al suelo. Las piedras obstaculizaban la visión a pocos metros de distancia.

Él la siguió en el acto. La nave casi desaparecía entre unos pedruscos de tamaño realmente descomunal, que les cerraban la visión del horizonte próximo.

—No lo comprendo, no lo comprendo —murmuró, desconcertado.

Helena gritó de pronto.

—¡Peter! ¡Mira qué bicho tan horrible!

Gitt volvió la cabeza. Un extraño animal, semitransparente, del tamaño de un conejo, trepaba por uno de aquellos pedruscos, ayudándose con una rara corona de filamentos que desempeñaban el papel de patas. Más que trepar, parecía reptar y a no demasiada velocidad.

El joven sacó la pistola.

— Este planeta no me gusta —dijo.

Avanzó unos cuantos pasos. El extraño ser se acercó a la cúspide de la

roca, que mediría unos tres metros de altura y, en el mismo instante, algo largo y ondulante apareció por el otro lado.

Helena chilló cuando dos extraños tentáculos atraparon al animal y lo elevaron en el aire, a pesar de sus desesperados forcejeos. El tentáculo desapareció en el acto.

—¡No sigas, Helena —prohibió él.

Súbitamente, se oyó un extraño zumbido.

Gitt levantó la cabeza. Contempló al monstruoso ser que descendía del cielo y creyó que soñaba.

Helena desfalleció de terror. Parecía un moscardón, pero tenía el tamaño de una casa de tres pisos. El viento agitado por el incesante batir de sus alas les alcanzó pronto, lanzándolos al suelo con indescriptible violencia.

El monstruoso insecto apenas pareció detenerse. Paso rozando el pedrusco, aminorando ligeramente la velocidad durante un instante y luego ganó altura, llevando un extraño animal entre sus patas.

La presa se debatía frenéticamente. Gitt reconoció al animal que había capturado al primer ser vivo que habían divisado en aquel planeta. Se preguntó si estaba despierto o sufriendo los efectos de una espantosa pesadilla.

El moscardón se perdió de vista. Gitt se levantó y ayudó a que Helena lo hiciera. La joven estaba terriblemente pálida.

—¿Adónde hemos ido a caer, Peter? —exclamó, temblando de pies a cabeza.

De súbito, otro monstruo apareció ante sus ojos.

Helena chilló, enloquecida de terror. Gitt sintió que le flaqueaban las piernas.

¿Qué extraño mundo era aquél donde había moscardones como casas de tres pisos y arañas de dimensiones superiores a las de un ser humano?

Helena parecía a punto de desmayarse. El arácnido les contempló un instante, y luego, como si sintiera indiferencia hacia ellos, desfiló a pocos pasos de distancia, sin hacer el menor gesto ofensivo.

Gitt sostenía a la joven por la cintura con un brazo. Con el otro desenfundó la pistola paralizadora, aunque, por el momento, se abstuvo de hacer ningún disparo.

Ignoraba si las descargas del arma causarían algún efecto en el colosal insecto…, ¡pero, de repente, la araña alcanzó la escotilla de la astronave, y, aunque con algunas dificultades, se introdujo en su interior!

Gitt maldijo entre dientes. Era muy probable que el arácnido fuese del tipo de los que hacen sus nidos en el suelo. Había visto aquel agujero y, sin más, había decidido tomar la nave para habitáculo.

Tendré que desalojarla de ahí como sea —masculló—. ¡Helena!

—Dime, Peter —contestó ella con voz desfallecida.

—Tu pistola, por favor.

Ella le entregó el arma. Gitt pensaba que así duplicaría el efecto de los disparos.

Avanzó cautelosamente hacia la puerta. De pronto, se tambaleó.

El suelo trepidó como sacudido por un terremoto. Helena lanzó un estridente chillido.

—¡Peter, Peter!

Gitt volvió la cabeza. Al ver aquellas figuras monstruosas, creyó que había perdido el juicio.

La tierra retemblaba bajo el impacto de múltiples pisadas humanas, que se producían a unos cincuenta o sesenta metros de distancia. Era una columna de hombres de dimensiones increíblemente gigantescas.

A Gitt le pareció que las cabezas de aquellos seres humanos se perdían en las nubes. Parecían soldados si se juzgaba por sus vestimentas, todas idénticas, y llevaban botas sujetas con cordones.

El cordón de una de aquellas botas, calculó Gitt, tenía un grosor doble del de su cuerpo. Por tanto, la altura del individuo era…

Se mareó sólo de pensarlo.

CAPÍTULO VIII

—No podemos seguir aquí un solo momento —dijo Helena con voz crispada.

Gitt volvió los ojos hacia la nave. A través de la escotilla podía ver los ojos fosforescentes del arácnido.

Lentamente, vacilando de cuando en cuando a causa de las trepidaciones del suelo, se acercó a la escotilla. Hizo un disparo y la araña se agitó y siseó de un modo siniestro, a la vez que movía con sonidos tableteantés los artejos que le servían para atrapar sus presas.

Gitt disparó de nuevo. Lanzó descarga tras descarga hasta que, de pronto, las patas del arácnido se doblaron de pronto.

Aun así, no estaba seguro de que hubiese muerto. Puesto que en la nave tenían municiones de reserva, vació los depósitos de las dos pistolas y entonces adquirió la razonable seguridad de que ya no tenían nada que temer del monstruo.

—Vamos, Helena —llamó.

Ella le miró con ojos desorbitados.

—¿Piensas despegar con ese horrible ser a bordo? —preguntó.

El suelo trepidaba con fuerza cada vez mayor.

—Ya nos desharemos de él más adelante —contestó Gitt—. Está muerto y no puede hacemos ningún daño, cosa que no podemos decir de esos gigantes que se acercan.

Helena acabó por ceder. Entraron en la nave y Gitt cerró la escotilla.

La araña despedía un hedor insufrible. Helena procuró no mirarla al pasar para ocupar su puesto en la cabina de mandos.

Momentos más tarde, Gitt iniciaba la maniobra de despegue. De cuando en cuando, lanzaba una mirada de reojo a la araña, que ocupaba casi por completo la antecámara de acceso.

La astronave despegó verticalmente, a gran velocidad. Pasó a pocos metros de los gigantes. Gitt lanzó una mirada al altímetro cuando vio que el aparato alcanzaba la cota de los ojos de uno de aquellos colosales individuos.

La cifra le espantó: el gigante medía cinco mil ochocientos metros de altura.

Pulsó a fondo el mando de propulsión planetaria. Aquel horrible mundo se alejó de ellos con suma rapidez.

—Peter —preguntó Helena a poco—, ¿de qué manera piensas deshacerte de la araña gigante? No me dirás que proyectas aterrizar de

nuevo en ese espantoso planeta, ¿verdad?

—Nada de eso —contestó él, atento a los instrumentos—. La trocearé y luego arrojaré los pedazos al espacio por el expulsor de desperdicios.

Un extraño sonido brotó de la garganta de la joven. Espantosamente demudada, Helena se puso en pie y corrió hacia uno de los lavabos.

Volvió a los pocos minutos, pálida como la cera y con un pañuelo entre los labios.

—Dispénsame, Peter —se excusó—. No he podido contenerme…

Gitt le dio una palmadita en la mano para animarla. De pronto, algo estalló con increíble resplandor delante de ellos y los dos perdieron el conocimiento instantáneamente.

* * *

Helena despertó y se rascó la parte anterior del cuerpo.

—Me pica —se quejó.

Gitt le entregó un vaso con café caliente y coñac.

—Pronto se te pasará —dijo.

Helena tomó un sorbo.

—¿Hemos dormido mucho rato, Peter? —preguntó.

—Un par de horas, más o menos. Pero no ha ocurrido nada grave. He consultado los instrumentos y la programadora ha respondido a la perfección.

—Maldea nos atacó de nuevo, ¿verdad?

—Supongo que sí, pero o ha agotado sus proyectiles o hemos conseguido zafarnos de él.

—Seguramente, gracias a la faja de gas opaco.

—Sí, eso creo yo. Ha quedado bastante atrás y puedo asegurarte que ahora ya no tenemos que temer nada de ese rufián.

Gitt entrecerró los ojos.

—Un día —añadió con gesto torvo—, iré a buscarle para ajustar cuentas con él. Ordenó matar a una buena chica y eso no se lo puedo perdonar.

Helena hizo un signo de asentimiento. Terminó el café y devolvió el vaso a Gitt.

—Voy a tirarlo por el expulsor de…

—¡Peter! —gritó ella—. ¡No me recuerdes ese aparato, por favor!

—Es verdad —dijo Gitt—. Había olvidado la araña.

Helena se puso una mano en el lado izquierdo de la cara, para no ver siquiera de reojo al monstruoso animal. De pronto, oyó una explosiva interjección de Gitt.

—¿Qué sucede, Peter? —preguntó.

—La araña…

—Por favor, no la menciones más, Peter. El estómago se me revuelve cada vez que pienso lo que tienes que hacer.

—Me pregunto si podré hacerlo, Helena —contestó él.

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

—La araña ha desaparecido, Helena.

Ella se quitó la mano de la cara y le miró con sorpresa. Luego, poco a poco, giró la cabeza y miró hacia la antecámara.

—¡Es cierto! —exclamó—. ¿Cómo ha podido escapar, Peter?

—De ninguna manera —respondió él—. No olvides el total hermetismo de la nave. Pero… —añadió profundamente pensativo—, esto me intriga sobremanera, créeme.

Se acercó a la antecámara y paseó la mirada por todos los rincones. De pronto, lanzó una exclamación y echó a correr hacia su cámara.

Momentos más tarde, volvía con unas pequeñas pinzas. Helena le contemplaba extrañada, aunque sin atreverse a interrumpirle.

Gitt se agachó y apresó con las pinzas algo que Helena no podía ver desde su sitio. Luego se puso en pie, alzando las pinzas con sonrisa de triunfo.

—¡Aquí tienes el monstruo, Helena! —anunció.

* * *

—No puedo dar crédito a mis ojos —dijo ella—. Pero si esa araña no mide ni medio centímetro de longitud, Peter.

—Ya lo sé —contestó él—. Sin embargo, cuando la vimos por primera vez, nosotros éramos aún más pequeños que ella.

Los ojos de Helena se desorbitaron.

—Peter, ¿estás en tu sano juicio? —preguntó.

—Estoy de acuerdo —respondió él—. ¿Recuerdas el suelo terriblemente pedregoso?

—Sí, claro…

Era un vulgar arenal, con algunas piedras de mayor tamaño, Helena.

La joven se quedó sin aliento.

—Así como suena —siguió Gitt—. Un arenal… y el primer bicho que vimos un animálculo, prácticamente una bacteria, que fue atrapada por un pequeño ciempiés, el cual, a su vez, fue cazado por aquel moscardón, que, sin duda, se lo llevó a su madriguera, para que sirviera de alimento a su descendencia.

Helena se derrumbó en el sillón, a la vez que se pegaba una palmada en la frente.

—Entonces, la araña…

—Un bichito del que no hubiéramos hecho caso de tener nuestro tamaño normal. Yo creo que en aquellos momentos no medíamos ni dos milímetros de estatura, Helena.

—Entonces… aquellos soldados eran personas de tamaño normal.

—Exactamente.

—Es increíble, Peter. Por eso los tallos de hierba nos parecían tan altos y los árboles tenían varios miles de metros de altura.

—Y el suelo trepidaba con las pisadas de aquellos soldados que, naturalmente, no podían reparar en unos seres de uno o dos milímetros de altura.

—Es fantástico, Peter —dijo Helena—. Ahora comprendo, en parte, la angustia que hemos pasado momentos antes de reducirnos de tamaño. Y antes de volver a nuestro tamaño normal también, claro.

—Sí —dijo Gitt con el ceño fruncido—, algo nos ha ocurrido, un extraño fenómeno que, no por menos real, carece de explicación científica. Alguna persona, estimo yo, debe de conocer esa explicación, ¿no te parece?

—Así es, Peter, pero ¿quién es esa persona?

—Quizá la encuentre yo en la Tierra, Helena. Veremos —respondió él. Luego se estremeció—. ¡Uf, no quiero ni acordarme del rato tan malo que hemos pasado!

Helena se echó a reír.

—Ya tenía los pelos de punta —declaró.

Gitt tiró la arañita. Luego volvió al cuadro de mandos y examinó los instrumentos durante unos momentos.

—Todo marcha bien —dijo—. La programadora ha reanudado sus funciones automáticamente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a tu planeta, Peter?

—Alrededor de una semana. La programadora está actuando sobre los elementos propulsores y, llegado el momento adecuado, nos hará dar el salto subdimensional, que nos permitirá recorrer, en menos de siete días, los sesenta y tantos años luz que hay de Vnarion a la Tierra.

—Un bonito cacharro —sonrió ella—. Peter, ¿cómo te parece que haga mi petición de ayuda? ¿Una entrevista con el Secretario de Relaciones Extraterrestres, para que éste lo solicite del Parlamento?

Gitt reflexionó unos instantes.

—Cuando estemos dentro del ámbito normal, ya en el Sistema Solar, enviaré un mensaje cifrado a mi jefe. Alguien me aconsejará sobre lo que debemos hacer o tal vez acepten mis sugerencias.

—Comprendo —dijo Helena—. Pero temo que mi llegada a la Tierra sea conocida con anticipación.

—Es muy posible. El Consulado vnariano habrá sido informado de tu viaje. Te recomiendo una cosa, Helena.

—Dime, Peter.

—Esta intriga, al parecer, se viene fraguando desde hace tiempo. Por tanto, es de suponer que Maldea haya colocado a gente de su confianza en el Consulado. No aceptes alojarte allí o podrías sufrir… un ataque cardíaco, ¿comprendes?

Helena sonrió, a la vez que hacía un gesto de asentimiento.

—Tienes razón, Peter, así lo haré —accedió—. Y…

Ella se interrumpió. Gitt la miró inquisitivamente.

—¿Se te olvida algo, Helena? —preguntó.

—Oh —dijo la joven,, jugueteando con un artístico medallón que descansaba entre sus senos—, me estaba preguntando si ahora también… vendrán a interrumpirnos en el momento del pago de… la recompensa que… te debo.

Gitt sonrió, a la vez que avanzaba hacia ella.

—Creo que esta vez no nos interrumpirá nadie —vaticinó.

CAPÍTULO IX

Aunque intrigante, el general Maldea era también humano y gustaba de solazarse de cuando en cuando, no solo, naturalmente. Aquella tarde estaba comprobando la tersura de la piel de una hermosa mujer, cuando, de pronto, sonó una llamada en su interfono con pantalla de televisión.

Lanzando un bufido de disgusto, el general abandonó tan fascinante tarea y se puso en pie, acercándose luego a la mesa donde estaba el aparato. Dio el contacto y al momento apareció en la pantalla una cara conocida.

—Cvidius, ordené que no me molestara nadie —gruñó.

—A menos que se tratase de algo de verdadera importancia, señor —puntualizó el esbirro.

—Sí, pero… ¿qué es lo que hay de importancia?

—Señor, le ruego encienda la pantalla de su televisor de recreo. Hay noticias muy importantes. Luego volveré a llamarle.

—Bien, Cvidius.

Maldea confiaba en el oficial e hizo lo que le aconsejaba. Instantes después, estaba delante de su televisor, con pantalla de más de un metro de lado.

—Ésta es una emisión de noticias de la Tierra, recibida Vía Satélite-Subespacio-Satélite —anunció el locutor—. Según las últimas informaciones, pasado mañana, la Honorable Protectora de Vnarion, Helena-ur-Rvorda, se presentará ante el Parlamento terrestre, con el fin de pedir ayuda para su planeta, amenazado de ocupación por las fuerzas de Sbynior. Inmediatamente después, los parlamentarios iniciarán la discusión acerca de la procedencia o no de conceder la ayuda solicitada. Mientras tanto, vean una filmación del momento de la llegada de Helena-ur-Rvorda a la Tierra.

La imagen del locutor desapareció, dando paso a una escena tomada en un astropuerto terrestre. Helena aparecía en el centro de un numerosísimo círculo de informadores, contestando amablemente a las preguntas de todos ellos, mientras era asaetada por las cámaras de los informadores.

Maldea cerró el televisor, rabiando de furia.

—Esa maldita…

Y, de pronto, fue hacia el interfono y llamó a su esbirro.

—¡Cvidius! —rugió.

La cara del oficial apareció en el acto.

—¿Señor?

—Es preciso enviar un despacho al Consulado. Emplee la cifra E-U-3.

—Sí, señor. ¿Qué debo decir? Imagino que Helena debe sufrir algún accidente…

—No sea tan tortuoso, capitán. Ella me importa menos que Peter Gitt.

Cvidius abrió los ojos, asombrado.

—No entiendo, señor —dijo—. Yo creí que era preciso evitar que ella formulase su petición de ayuda al Parlamento terrestre.

—Ya no lo podemos impedir —dijo Maldea—. Pero sí podemos evitar que Gitt dirija las operaciones de regreso de ella, ¿comprende? Porque estoy convencido de que, cuando Helena vaya a volver, lo hará acompañada por ese entrometido.

—Ahora sí le entiendo, señor. Está bien, enviaré el despacho inmediatamente. Clave E-U-3, mi general.

—Exacto, Cvidius. Ah, ¿hay noticias de Sbynior?

—Por ahora, no, señor. Estoy aguardando a que me llamen del Consulado con las últimas informaciones recibidas de su gobierno.

—Perfectamente, capitán. Avíseme apenas sepa algo.

—Así lo haré, mi general.

Maldea cortó la comunicación y regresó al diván, donde le esperaba su encantadora invitada.

—¿De qué hablábamos, preciosa? —preguntó.

—No hablábamos de nada, cariño —respondió ella insinuantemente—. Hay momentos en que las palabras sobran.

Tienes razón —murmuró él.

Inclinándose sobre ella, la estrujó entre sus brazos y la besó con furia. Por unos momentos, se hizo la ilusión de que la mujer que tenía al lado era Helena-ur-Rvorda.

* * *

El doctor Wyssam y su esposa Carol formaban una pareja encantadora, y eran antiguos amigos de Peter Gitt. La amistad se debía a que Carol Wyssam y Peter habían sido compañeros de estudios diez años antes.

Después, Gitt había dejado los estudios, cambiándolos por la guitarra. Carol, joven y atractiva, se había casado con el ya prometedor profesor de Ultrafísica, Ben Wyssam, pasando de ayudante a esposa.

A pesar de todo, Carol continuaba siendo la ayudante de su marido en gran número de ocasiones y no había descuidado su formación, si bien, lógicamente, en aquellos diez años la fama del doctor no sólo se había consolidado, sino que se había acrecentado hasta alcanzar dimensiones universales.

Carol se sirvió el té. Wyssam, sentado ante su huésped, escuchaba atentamente las explicaciones que éste le daba.

—Y dices que la reducción de tamaño se produjo de manera inexplicable, Peter —habló el científico.

—Al menos, para un profano como yo, Ben.

—¿Cuál fue el tamaño que alcanzasteis?

—Yo diría que entre uno y dos milímetros. La arena nos parecía un pedregal impresionante y las piedrecitas corrientes, rocas de varios metros de altura. El moscardón tenía el tamaño de una casa de tres o cuatro pisos y… Bueno, con decirte que veíamos perfectamente aquella bacteria que no debía tener más de una o dos décimas de milímetro, creo que queda todo explicado.

—Sí, explicado, pero en parte —contestó Wyssam, mientras dejaba a un lado la taza de café—. Peter, había oído hablar de la Barrera de Ktor-Shimd, pero hasta ahora no había conocido a nadie que hubiera experimentado sus efectos.

—¿Qué barrera es ésa? —preguntó Gitt, asombrado.

—Verás, Peter, yo siempre había creído que la existencia de esa barrera era producto de la fantasía de algunos astronautas con demasiada imaginación. Algo así como los navegantes de la Antigüedad cuando se aventuraban por mares desconocidos: hablaban, a su vuelta, de tierras maravillosas y de monstruos terribles y fantásticos, ¿comprendes, Peter?

—Sí, pero te aseguro que en lo que nos pasó a nosotros no hay nada de fantasía —exclamó Gitt.

—Lo sé, Peter, yo creo lo que me dices. Repito que hasta ahora no había tenido la suerte de entrevistarme con nadie que hubiese experimentado sobre su persona los efectos de la Barrera de Ktor-Shimd.

—Nosotros los padecimos y, créeme, no fue nada agradable.

—Me lo imagino, Peter —Wyssam sonrió. Carol se había sentado en un sillón, y su esposo levantó la vista para mirarla—. ¿Te gustaría hacer un viajecito hasta las inmediaciones de la Barrera, querida?

—Me encantaría, Ben —respondió ella.

—Pero yo no puedo acompañaros —advirtió Gitt.

—No hace falta que vengas con nosotros, Peter. Bastará con que nos entregues la cinta grabada en tu programadora de órbitas con la trayectoria que seguiste después de zarpar de Vnarion.

—Oh, eso es fácil —contestó el joven—. ¿Qué piensas hacer, Ben?

—Simplemente, estudiar con mi laboratorio volante de Ultrafísica los efectos de la barrera.

—Mientras lo estudies solamente con el laboratorio… Pero no te recomiendo la experiencia, Ben.

—Bueno, nosotros iríamos prevenidos —terció Carol.

—Sí, pero no lo pasaríais bien, insisto.

—No te preocupes, Peter —dijo Wyssam—; no nos ocurrirá nada.

—Muy bien, así lo deseo. Y ahora, Ben, ¿no podrías explicarme, en cuatro palabras, qué es lo que produce la disminución de tamaño… a la «ida» y la vuelta a la dimensión normal al «regreso»?

—La barrera altera las dimensiones —explicó Wyssam—. Yo opino, pero tengo que comprobarlo, claro, que se trata de una falla del espacio, lo mismo que en un terreno ves, a veces, las capas o estratos, que ocupan niveles diferentes, sin perder la alineación o el paralelismo. En síntesis, como un peldaño en una escalera.

—Pero no se conocen los motivos.

—Eso es muy difícil y la explicación, si se consigue, necesitaría un grueso volumen de algunos cientos de páginas. Yo te he hecho una síntesis, Peter; las dimensiones se alteran porque en esa barrera se produce una discontinuidad espacial, es todo lo que puedo decirte por ahora.

—¿Y tú podrías reproducir esa discontinuidad en tu laboratorio?

—Hombre… sin un estudio previo e instrumental y a fondo, no puedo darte una respuesta, Peter.

—Ya —replicó Gitt—. Bueno, te daré la cinta y… —de repente consultó su reloj—. Va a iniciarse la sesión parlamentaria donde se discutirá la ayuda a Vnarion.

—Encenderé el televisor —ofreció Carol, y se levantó del sillón.

* * *

CHANG-TSU-HI, DIPUTADO POR LA REGIÓN CHINA-SUR: Señores diputados, opino que debemos conceder la ayuda solicitada por la Honorable Protectora de Vnarion. Ese planeta es una importante posición estratégica en aquella zona galáctica y, ocupado por nuestras fuerzas, no sólo disuadiría a Sbynior de sus ambiciones expansionistas, sino que nos procuraría una importante base para futuras operaciones interestelares.

JAMES W. BROUGH, DIPUTADO POR LA III REGIÓN NORTEAMERICANA: Voto por la ayuda en material, hombres y dinero.

THEODOR NGONGO, DIPUTADO POR LA IV REGIÓN AFRICANA: ¿Resultará procedente esa ayuda? No deseo que nuestro planeta se enredase en una guerra lejana, estéril y costosa, para mantener un prestigio que, a la larga, acabaría por los suelos. Antes de dar un paso, esta Cámara debe sopesar cuidadosamente las ventajas y desventajas de la operación en todos los sentidos: político, humano, cultural y económico.

Y desistir de ello si sólo se trata de prestigio. Por el prestigio solamente, se hundieron en el pasado naciones y grupos de naciones, y no deseo que le sucediera algo semejante a nuestro planeta.

EN LA TRIBUNA (EL PÚBLICO): ¡Bravo! ¡Así se habla! ¡Fuera! ¡Abajo los imperialistas de Sbynior! ¡Hay que barrer a esa canalla

intervencionista y que la Tierra les enseñe los dientes! ¡No, no enviéis tropas a Vnarion! ¡Que ellos se arreglen sus propios asuntos! ¡Los terrestres queremos paz! ¡Abajo Sbynior!

EL PRESIDENTE DEL PARLAMENTO (CON ENERGÍA): Si los ocupantes de la tribuna pública no guardan la debida compostura, ordenaré a los ujieres que la desalojen.

JOHN MASTEESON DWIDES, DIPUTADO POR LA REGIÓN BRITÁNICA: Lo que esta Cámara debe averiguar es: ¿Reportará la operación ventajas económicas para el planeta?

GIULIO BERTINI, DIPUTADO POR LA REGIÓN ITÁLICA: En mi opinión, debe rechazarse la ayuda solicitada. ¿Qué le importa a la Tierra un pequeño planeta, de mil kilómetros escasos de diámetro, perdido en las insondables profundidades del espacio, para arriesgar, no sólo nuestro prestigio, sino las vidas de nuestros hombres en una aventura insensata? ¿Quieren los honorables parlamentarios provocar con su decisión un conflicto interplanetario? Si Sbynior se propone ocupar Vnarion, que lo haga es asunto de los vnarianos tolerar o no la ocupación.

HANS BEHLEMER, DIPUTADO POR LA REGIÓN GERMÁNICA: Al honorable diputado Bertini le recordaría que una ocupación por fuerzas extranjeras no sería precisamente una invasión de turistas, como sucede anualmente en su propia región itálica.

JUAN SÁNCHEZ, DIPUTADO POR LA REGIÓN MEJICANA: Cuando una nación o un grupo de naciones que componen un planeta están gobernados por una pandilla ávida de poder, esta no se detiene jamás, si alguien no les planta cara resueltamente. Caso de que Sbynior ocupe Vnarion, advertirá nuestra debilidad y continuará con sus apetitos expansionistas, hasta, un día quizá no muy lejano, pedirnos graciosamente que permitamos ser ocupados por ellos. Las ambiciones imperialistas de Sbynior deben ser contenidas ahora, *ab ovo*, ¡o no se detendrán jamás!

AHITA SUMASAKI, DIPUTADO POR LA REGIÓN NIPONA: Estamos discutiendo la ayuda a Vnarion y todavía no conocemos el coste mínimo de la operación. Ruego al señor Presidente que solicite un informe al respecto de los Departamentos ministeriales correspondientes para una ulterior discusión por esta Cámara.

EL PRESIDENTE: Así lo haré, y la discusión se proseguirá en otra sesión, cuando dispongamos de esos informes.

CAPÍTULO X

Helena estaba derrumbada sobre un sillón y ni siquiera levantó la cabeza cuando Gitt entró en la sala.

—Te veo muy desanimada —dijo él.

Helena suspiró.

—Supongo que habrás presenciado la sesión del Parlamento —contestó.

—Desde luego, querida.

—¿Qué impresión has sacado, Peter?

Gitt demoró la respuesta unos segundos.

—A decir verdad, nada alentadora —contestó.

—Mi petición caerá en el vacío, Peter —replicó ella desanimadamente.

—Helena, no te desanimes tan pronto —aconsejó Gitt, mientras llenaba dos copas—. Tú no conoces bien las costumbres del planeta. Esos diputados representan a regiones de la Tierra, lo que significa que son portavoces de los millones de ciudadanos que los eligieron. Deben obrar, por tanto, de acuerdo con lo que ellos creen son los intereses de sus representados.

Helena aceptó la copa que le ofrecía Gitt.

—Es probable que tengas razón, pero… bien, para enviar una o dos brigadas que enseñasen los dientes, no se necesitan tantas discusiones, creo yo.

—Helena, no se trata de enviar una o dos brigadas, sino de las implicaciones políticas que ello representaría. Los parlamentarios deben estudiar antes a fondo todos los aspectos de la cuestión y no pueden tomar una decisión sin estar bien impuestos del asunto y de sus futuras derivaciones.

—Pero ¿es que están ciegos? Después de Vnarion caerán los planetas de vuestro Segundo Sistema Solar.

—Yo sí lo veo así, pero no soy diputado; y aunque lo fuera, tendría que convencer a nada menos que quinientos noventa y nueve colegas. Entre los seiscientos parlamentarios, debes comprenderlo, hay de todo: están los partidarios de la ayuda, los que no quieren saber nada de Vnarion, los que arrasarían a Sbynior… Cada uno emite su opinión y el resultado final se verá cuando, una vez discutido el tema a fondo, se efectúe la votación definitiva.

—Que resultará negativa para mi planeta, Peter.

Gitt se encogió de hombros.

—La Tierra no está gobernada por un hombre que pueda ordenar sin más el envío de una o dos brigadas a Vnarion, sino que hay un Parlamento y un gobierno, y éste es responsable ante aquél de sus decisiones. Probablemente, el gobierno es intervencionista, pero sus miembros, viendo lo delicado y espinoso del tema, han preferido pasarlo al Parlamento para su estudio y discusión. Que decidan los diputados, ¿comprendes?

—Sí —suspiró ella nuevamente—, pero, entre tanto, llegarán los de Sbynior y se zamparán la presa indefensa.

—Todavía no se ha perdido nada, querida —dijo Gitt—. Aún podemos hallar una solución.

—La única posible está en manos del Parlamento terrestre. Si se niegan a prestar ayuda… renunciaré al título de Protectora y me quedaré aquí. Pero no podré ser feliz, sabiendo que mis compatriotas están sujetos al duro yugo de Sbynior.

Gitt no dijo ya nada más. Los argumentos de la joven eran irrefutables.

Pero al mismo tiempo comprendía que ayudar a Vnarion era un deber ineludible de los terrestres, porque si no frenaban los apetitos expansionistas de Sbynior, un día, ellos mismos, acabarían por quedar esclavizados de la misma manera que los vnarianos.

* * *

Los dos hombres estaban apostados en la ventana de una habitación, situada a treinta o cuarenta metros sobre el suelo. Uno de ellos tenía un pequeño telescopio, orientado a una cámara de televisión, en la que se reflejaban las imágenes a la perfección.

El otro se hallaba situado detrás de un extraño aparato, que parecía un fusil de grueso cañón, montado sobre un trípode. La caja de mecanismos del fusil estaba conectada al telescopio por un cable de doce milímetros de grueso.

En el centro de la pantalla, se veía reflejada otra ventana, situada a ciento veinte metros de distancia. Pasaban ya de las diez de la noche y la ventana observada carecía de luz.

De súbito, los dos hombres vieron que alguien encendía la luz en la ventana vigilada.

—Ya está ahí —anunció uno de ellos.

La figura de Peter Gitt apareció en la pantalla. Uno de los individuos orientó el telescopio, de modo que la cruceta de puntería se situase en el centro del cuerpo de Gitt.

El fusil se movió al mismo tiempo. Gitt parecía inmóvil, pero como si estuviese profundamente preocupado.

—¿Listo?

—Listo.

El tirador apretó el gatillo. Gitt cayó de bruces instantáneamente.

—¿Le hemos dado, tú?

—Yo creo que sí. Ha caído como un saco vacío.

—¿Ha caído o se ha tirado al suelo?

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el observador.

—Me pareció verlo tirarse al suelo en lugar de caer. Habría mucha diferencia, en tal caso, ¿comprendes?

El observador se mordió los labios. Contempló la pantalla un instante y luego preguntó:

—¿Tienes proyectiles térmicos?

—Sí, por supuesto.

—Dispárale uno, anda.

—Pero…

—¿Qué pasa? ¿No te atreves?

—No es que no me atreva, compadre lo que temo es al incendio subsiguiente.

—No habrá incendio. La explosión térmica es rapidísima, instantánea; abrasa en el acto cuanto toca en un radio de diez o doce metros, pero, precisamente por su misma rapidez, el calor se extingue de inmediato y apenas afecta a los alrededores. Y, en último caso, ¡qué diablos!, Gitt tiene que quedar eliminado, sea como sea, ¿entiendes?

—Está bien, como tú digas.

El tirador metió en la recámara del fusil un cartucho de proyección. Luego, de la caja que tenía al lado, extrajo un objeto de forma cilindrocónica, con aletas estabilizadoras y un pequeño vástago que introdujo por la boca del cañón del fusil. Una lamparita verde se encendió en el acto, señalando que el arma estaba en disposición de ser utilizada.

—Listo —anunció.

El observador manejó los controles del telescopio de puntería, hasta que la cruceta estuvo situada justamente en el centro de la ventana. Entonces dio una orden:

—Dispara ya.

El índice del tirador se apoyó en el gatillo.

* * *

Peter Gitt entró en la habitación, dio dos pasos y se detuvo, un perplejo, al percibir la extraña sensación de que ocurría algo raro.

Le parecía que no estaba solo, pero de haber entrado algún desconocido durante su ausencia, los detectores habrían señalado su presencia

infaliblemente. No, no había nadie, pero…

Volvió la cabeza hacia la izquierda. En la pared, a la altura de su cintura, divisó un tenue círculo de color algo más claro que el resto del empapelado.

Inmediatamente adivinó lo que sucedía. Alguien le estaba observando con un telescopio y no con buenas intenciones, estimó.

El papel que recubría la pared era de una composición especial, a base de cristales microscópicos, que captaban los rayos emitidos por un visor de infrarrojos. Alguien le estaba espiando con un telescopio dotado de semejante adminículo.

Pero el sujeto, quienquiera que fuese, había cometido un error al no desconectar el visor de infrarrojos, una vez que él hubo encendido la luz.

¿Para qué le observaban?, se preguntó.

La respuesta era obvia: para nada bueno.

Y una vez hechas las deducciones pertinentes, en fracciones de segundos, se lanzó hacia adelante.

Algo entró silbando a través de la ventana y se clavó en la pared. Gitt giró sobre sí mismo en el suelo y vio el impacto en forma de estrella, de unos seis o siete centímetros de diámetro.

Se estremeció. Le habían disparado con un proyectil acuchillador, semejante al puñal trifoliado con el que había sido atacado ya en una ocasión, pero de efectos aún más terribles.

El proyectil era una bala terminada en aguda punta ojival, de unos trece milímetros de diámetro. Al menor roce con la carne, se abrían en estrella helicoidal seis afiladísimas cuchillas, que causaban espantosos destrozos en el organismo. Era como si una barrena de seis o siete centímetros taladrase el cuerpo humano a varios miles de revoluciones por minuto.

Gitt se arrastró por el suelo, cubierto por el parapeto de la ventana, y pasó a la siguiente habitación. Cerró la puerta y se incorporó.

A tientas, buscó algo en los cajones de su mesa de despacho. Un oscuro instinto le dijo que ni siquiera en aquel lugar estaba seguro, así que atravesó el cuarto de trabajo y pasó al dormitorio.

Una vez allí, descorrió las cortinas y levantó el bastidor de la ventana. En el mismo instante, vio un pequeño chispazo en la casa frontera, a ciento veinte metros de distancia.

Algo explotó sordamente en la sala. Gitt vio el resplandor que salía a través de la ventana y casi en el acto notó una agobiante elevación de temperatura que, no obstante, pasó con gran rapidez.

«Un proyectil térmico», dedujo.

Sus manos se habían movido mientras tanto con singular destreza. Instantes más tarde, tenía preparada su pistola especial.

Un proyectil de forma cilindrocónica sobresalía del cañón, de unos

cincuenta centímetros de largo. Lo apoyó en el antepecho y tomó puntería.

Apretó el gatillo. La pistola escupió una corta y casi silenciosa llamarada.

Gitt se enderezó. Medio segundo más tarde, vio aparecer un espantoso fogonazo en la ventana sospechosa.

El resplandor apenas duró un segundo. Gitt se puso en pie.

—Ni se habrán enterado —murmuró.

Encendió la luz y aguardó unos momentos. Nadie reaccionó contra él.

Luego abandonó el dormitorio y cruzó el despacho. La puerta que comunicaba con la sala estaba combada a causa del calor.

La golpeó con el pie y la madera se deshizo. A través del hueco vio un pavoroso espectáculo de paredes negras y muebles calcinados, algunos de ellos todavía humeantes.

Un escalofrío sacudió su cuerpo. En la otra casa había ocurrido lo mismo, sólo que su o sus atacantes no habrían tenido tiempo de escapar a la tormenta de fuego desencadenada por la explosión del proyectil térmico en fracciones de segundo.

Nadie podía sobrevivir después de soportar una temperatura de cuatro o cinco mil grados centígrados.

CAPÍTULO XI

Helena estaba sentada ante el televisor. Ni siquiera se movió cuando Gitt abrió la puerta.

—¿Alguna novedad, guapa? —preguntó el recién llegado.

—Ninguna. Todavía continúan las discusiones. Pero ¿por qué tienen que hablar tanto para tomar una decisión, Peter? Que digan sí o no de una vez y…

—Les costará trabajo y más después de las últimas noticias recibidas —dijo Gitt.

Helena le miró inquisitivamente. Gitt traía un fajo de periódicos en la mano.

—La Embajada de Sbynior en la Tierra ha entregado una nota al Secretario de Relaciones Extraterrestres —añadió él—. El gobierno de Sbynior anuncia que considerará el envío de tropas a Vnarion, en respuesta a tu petición de ayuda, como un *casus belli*.

Helena se irguió vivamente.

—Significaría tanto como una declaración de guerra, ¿no?

—Exactamente.

—¡Pero están locos! —protestó ella—. El gobierno terrestre no ha tomado todavía ninguna decisión al respecto.

—Así es —confirmó Gitt—. No obstante, Sbynior ha juzgado prudente adelantarse y declarar sus propósitos de un modo rotundo.

—Eso significa que considera ya a Vnarion como satélite de su sistema.

—Sólo de *facto*, aunque no de *juro*…

—No entiendo muy bien vuestros tecnicismos forenses —dijo Helena.

—Significa que Sbynior considera ya a Vnarion como su presa, si bien faltan los trámites legales de aceptación del *status* de satélite por parte de vuestro gobierno.

Helena frunció el ceño.

—¿Qué noticias hay de Vnarion? —preguntó.

—Muy malas —contestó Gitt.

Hubo una pausa de silencio. Helena inspiró con fuerza.

—No me ocultes la verdad —pidió.

—Tu gobierno ha convocado elecciones para votar tu destitución y nombrar un nuevo Protector.

—¿Bajo qué argumentos legales?

—Abandono de tu residencia sin consultar con al menos los dos tercios de los miembros de tu gobierno, como exige la ley.

Helena se derrumbó sobre el diván.

—Es perfectamente legal —calificó.

Gitt dejó los periódicos sobre una silla. Luego lleno dos copas de vino.

—Pero la Tierra no puede someterse así como así al chantaje que le hace Sbynior —exclamó ella, levantándose otra vez de un salto.

—En apariencia, quizá no, pero es preciso leer la nota de respuesta del Secretario de Relaciones Extraterrestres —contestó Gitt.

—¿Qué es lo que ha dicho, Peter?

Gitt tomó un sorbo de vino y luego desplegó uno de los periódicos:

—La respuesta es: El gobierno de la Tierra toma nota de los alegatos del de Sbynior y promete una respuesta puntual en el momento adecuado. Por ahora, sin embargo, no se ha decidido aún la respuesta que dará a la petición de ayuda formulada por parte de la Honorable Protectora de Vnarion, Helena-ur-Rvorda, etcétera, etcétera, etcétera…

—Lo que significa una rotunda negativa.

Gitt apretó los labios.

Helena le miró fijamente. El silencio de Gitt era de sobra elocuente.

—Se negarán —dijo.

—Todavía no han dicho nada…

Ella, furiosa, arrojó la copa contra una pared.

—¡No me importa por mí ni por mi cargo! —exclamó—. Si me casé con Gerghert -ur-Rvorda fue porque, aunque me doblaba la edad, era un hombre estupendo, una persona que amaba a Vnarion por encima de todo… Yo le apreciaba muy sinceramente y los honores no me importaban en absoluto. Si él estuviese vivo, Vnarion no habría llegado a verse en esta humillante situación.

—Lo sé, pero ¿qué podemos hacer nosotros?

Los ojos de la joven centellearon.

—Yo ya sé lo que voy a hacer —dijo—. Regresaré a Vnarion y afrontaré el resultado de las elecciones. Haré saber a todos las verdaderas causas por las cuales abandoné el planeta…

—Si Maldea te lo permite, claro.

—No va a impedir que me dirija al pueblo por la televisión y le explique cuál es la verdad, supongo yo.

—Cuando un tipo como Maldea forja un plan de esta categoría, es capaz de todo, querida.

—Entonces, ¿me aconsejas que no vaya?

—Si he de serte sincero, sí, Helena.

Ella hizo un gesto negativo.

—Lo siento —contradijo—. Iré, Peter, con tu aprobación o sin ella. Todavía quedan tres meses para las elecciones, según la ley. Maldea puede manipular muchas cosas, pero no la ley que señala que las elecciones

habrán de celebrarse tres meses después de convocadas, en el caso de la probable destitución de un Protector.

—Te sobrará tiempo, por supuesto.

—Ya lo creo —dijo ella—. Tendré tiempo más que suficiente para destituir a todo mi gobierno y convocar elecciones para nombrar nuevos consejeros. Habré de afrontar las que se refieren a mí, pero se celebrarán un mes después que las del gobierno.

—No es mala idea, pero, a pesar de todo…

—Maldea no es miembro del gobierno. Solo desempeña un cargo político, los cargos que no son de escalafón administrativo, como pasa aquí en la Tierra, deben dimitir también. Maldea sólo es general de Estado Mayor, aunque en la práctica sea el dueño de la Secretaría de Defensa.

—No sería mala jugada, en efecto —convino Gitt.

Helena sonrió.

—Yo también entiendo de política, querido —dijo, a la vez que le tendía los brazos—. Antes y después de mi matrimonio, aprendí bastante, ¿comprendes?

Gitt la abrazó.

—Siento que te vayas —declaró.

No me queda otra opción, Peter. Lo hago por ellos. Si sólo se tratara de mí… —le besó con fuerza—. Ahora mismo me quedaría aquí, a tu lado, para siempre, —declaró apasionadamente, a la vez que buscaba otra vez los labios del terrestre.

* * *

Gitt, enojado, cerró los mandos del televisor.

—Condenados estúpidos —mascullo—. Este Parlamento parece un gallinero repleto de bichos que no hacen más que cacarear en balde. Llevan ya semanas enteras discutiendo la ayuda a Vnarion y todavía no han llegado a una decisión…

El timbre de la puerta sonó de pronto.

Gitt se levantó, cruzó la sala, ya restaurada, después de los desperfectos sufridos, y abrió.

Contempló cortésmente a los dos elegantes individuos que tenía ante sí. Uno de ellos, a juzgar por su pelo azulado, era vnariano. Al otro no logró identificarlo a primera vista.

—Caballeros…

—El señor Gitt, si no nos equivocamos —dijo el vnariano.

—En efecto, soy yo. ¿En qué puedo servirles?

—Permítame, señor Gitt. Soy… empleado del Consulado de Vnarion y mi nombre es Dkuc-ur-Graa. Mi acompañante es el señor Torb-eel-Torbs.

Gitt enarcó las cejas.

—Si no me equivoco, la preposición «eel» tiene su origen en Sbynior —manifestó.

—Ha acertado usted —sonrió Torbs, quien llevaba en la mano derecha una gruesa cartera de documentos—. ¿Podemos pasar, señor Gitt?

—Están en su casa —respondió el joven.

Los dos extranjeros entraron en la casa. Gitt cerró la puerta y les preguntó si querían algo de beber. Graa y Torbs rechazaron cortésmente la invitación.

Torbs dejó la cartera sobre una mesita.

—Sin duda —dijo—, se habrá preguntado usted por los motivos de nuestra visita, señor Gitt.

Espero que ustedes puedan exponerlos muy pronto —declaró el terrestre.

—Desde luego.

Torbs abrió la cartera y sacó unos cuantos «ladrillos» de billetes de papel aurificado. Había seis, en total.

—Seis megamillones, en moneda de Sbynior —anunció tranquilamente.

—Un poco menos en moneda terrestre, claro —dijo Gitt.

—A pesar de lo cual, tampoco es ninguna fruslería —terció Graa.

—Sí, pero ¿por qué he merecido yo el honor de ese donativo, caballeros?

—La Honorable Protectora de Vnarion está en la Tierra —manifestó Torbs—. Conocemos la amistad que le une con ella y nos gustaría que esta suma estimulara sus dotes de persuasión, a fin de hacer que Helena-ur-Rvorda se quede definitivamente en este planeta.

Gitt sonrió.

—Fallado el procedimiento de la violencia, recurren al procedimiento del… «engrase», ¿no es cierto?

Torbs enseñó las palmas de sus manos.

—Cuando mi amigo Graa me dijo lo que había sucedido días atrás, me llevé las manos a la cabeza. «Ese no es el método adecuado para tratar con un caballero tan distinguido como Peter Gitt», le dije; y el amigo Graa acabó reconociendo que yo tenía la razón.

—Sí, son puntos de vista, claro —replicó Gitt—. Los dos tipos que intentaron quitarme de en medio dirían algo feo del señor Graa, si pudieran hacerlo, claro.

—Fue un trágico error, que todos deploramos —manifestó Torbs.

—Y yo el primero —aseguró Graa con hipocresía.

—¿Qué es lo que deplora usted, la muerte de sus esbirros o el hecho de que yo siga todavía vivo? —preguntó Gitt.

Graa se puso furioso. Torbs extendió una mano, en actitud conciliadora.

—Calma, Dkuc —rogó—. Deja que siga yo llevando el peso de la conversación…

—Eso es, señor Graa; usted obedezca al señor Torbs, pues para ello es de Sbynior y, en lo sucesivo, todos los vnarianos tendrán que obedecer las órdenes de sus nuevos dueños, en lugar de seguir siendo independientes, como hasta ahora. Señor Torbs, haga el favor de guardarse el dinero —concluyó Gitt.

Torbs se puso pálido de ira.

—Es decir que rechaza usted la mano que le tendemos —dijo.

—Justamente.

—¿Por qué? Exprese los motivos —pidió Graa.

—Helena es una mujer muy hermosa y está enamorada de usted —alegó Graa—. Con ese dinero, sus problemas económicos habrían desaparecido para siempre…

—En primer lugar, debo decirles que el dinero, por suerte, no es cosa que me preocupe —sonrió Gitt—. La última de mis canciones me ha proporcionado ya algo así como cinco millones, que, en moneda de Sbynior, representa medio megamillón. Y, en segundo, estimo que Helena debe luchar por la independencia de su pueblo, por encima de cualquier otra consideración. ¿Está claro?

Hubo un momento de silencio. Luego, calmosamente, Torbs empezó a meter de nuevo los billetes en su cartera.

—Desearíamos que no se quejase usted luego de las consecuencias que pudiera reportarle su negativa, señor Gitt —declaró en tono frío.

—Siempre suelo afrontar las consecuencias de mis actos y no echo jamás a nadie la culpa de sucesos en los cuales tengo una directa responsabilidad.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Al salir, Graa, haciendo crujir sus dientes de rabia, prometió:

—Tendrá noticias nuestras, se lo aseguro.

Gitt hizo una burlona reverencia.

—En su lugar, yo empezaría por hacer un seguro de vida a sus mensajeros —contestó en tono burlón.

CAPÍTULO XII

La astronave estaba a punto de zarpar.

—Puedes viajar tranquila —dijo Gitt—. Es una nave de pasajeros y Sbynior se cuidará muy bien de atacarla. Llegarás a Vnarion sin novedad.

Había lágrimas en los bellos ojos de Helena.

—Te echaré de menos, Peter —aseguró.

—No tardaremos mucho en reunimos —prometió él—. Ah, un consejo, Helena.

—Dime, Peter.

Gitt le dio el consejo. Ella arqueó las cejas un instante y luego sonrió.

—Es cierto —contesto—; no se me había ocurrido a mí. Lo pondré en práctica apenas llegue a Vnarion.

Gitt permaneció en la terraza de espectadores del astropuerto, hasta que la enorme astronave inició el despegue. Era una esfera colosal, con millares de ventanillas en sus innumerables cubiertas, capaz para cuatro o cinco mil pasajeros, sin agobio alguno de espacio en su interior.

El gigantesco globo de metal se elevó lentamente al principio, con creciente rapidez después, hasta desaparecer a los pocos segundos en la estrellada negrura de la noche.

Gitt lanzó un profundo suspiro. Se preguntó cuándo podría ver de nuevo a Helena.

Todo dependía, se dijo, del regreso de Ben y Carol Wyssam y del resultado de sus observaciones sobre la Barra de Ktor-Shimd.

Cuando la astronave se hubo perdido en las tinieblas, abandonó la terraza. Fue a la explanada de estacionamiento y montó en su vehículo, un veloz monorrueda capaz de alcanzar sin grandes dificultades los doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Dio el contacto y los giróscopos estabilizadores se pusieron en marcha inmediatamente, a la vez que se replegaban las patas del trípode equilibrador en posición de paro. Reclinado cómodamente en el asiento, manejó la palanca y el vehículo se deslizó suave y silenciosamente hacia adelante.

Momentos más tarde, se hallaba en la autopista que conducía a la ciudad. Aceleró la marcha, mediante un adecuado juego de la palanca, y el velocímetro marcó en seguida los ciento sesenta kilómetros por hora.

Era suficiente; el trayecto, por otra parte, no era demasiado largo. El detector de colisiones aminoraba casi por completo el riesgo de un accidente.

De pronto, notó una ligera trepidación en el suelo del vehículo, en la parte donde se hallaban los giróscopos. Algo rechinaba como si fuese una barrena mal diseñada tratando de perforar el metal a poca velocidad.

El instinto le hizo presentir la inminencia de un accidente. Avanzó la palanca y el vehículo aminoró la marcha. Luego pulsó el mando de las patas estabilizadoras; apenas disminuyera la velocidad a un límite establecido, proporcionarían equilibrio al monorrueda.

Pero el accidente sobrevino más pronto de lo que esperaba. De un modo repentino, el monorrueda giró un poco y, todavía a ciento diez kilómetros por hora, se precipitó fuera de la autopista.

El monorrueda rompió la valla con gran estruendo. Las patas rasgaron la capa de césped de un talud, enviando a lo alto chorros de hierba y tierra. Dentro del vehículo, Gitt se sintió golpeado terriblemente, a pesar de las correas de seguridad.

La atropellada carrera terminó cincuenta metros más adelante, en un blando terreno de labor. El monorrueda dio una espectacular voltereta sobre sí mismo, y en aquel preciso instante, Gitt sintió un fuerte golpe en la frente y perdió el conocimiento.

* * *

Sin embargo, el desmayo duró pocos instantes; fue más bien un mareo que se le pasó muy pronto. Gitt percibió olor a quemado y dedujo que se había producido un cortocircuito en alguno de los sistemas eléctricos del aparato.

Podía ser peligroso. Los giróscopos se movían en el seno de una masa de gas lubricante, que les permitía girar a decenas de miles de revoluciones por segundo. Era un invento excelente, sólo que resultaba inflamable en determinadas circunstancias.

Golpeó la hebilla y se soltó las correas de seguridad. Luego abrió la puerta lateral y se tiró al suelo, rodando varias veces sobre sí mismo.

La explosión se produjo segundos después y causó bastante ruido. Un fuerte chorro de llamas envolvió al vehículo instantáneamente.

No lejos de allí crecían unos arbustos. Gitt poseía la suficiente experiencia como para saber que los autores del atentado —tenía la seguridad de que se trataba de un accidente provocado—, acudirían a comprobar la eliminación definitiva de su víctima.

Aguardó, escondido entre los arbustos.

Los vehículos se detenían y sus ocupantes se apeaban para presenciar el accidente. Una sirena policial ululó, acercándose velozmente al lugar.

La gente hacía toda clase de comentarios. Gitt supo esperar pacientemente, hasta que el terreno quedó despejado por completo.

Luego, dando un rodeo, se dirigió a la autopista, brillantemente iluminada. Estaba seguro de que los autores del accidente se habrían marchado ya. Permanecer escondido había sido una buena idea, consideró.

* * *

—El monorrueda salió de la autopista y se incendió —dijo Egnar Johansson, asesino a sueldo.

—Iba a más de ciento sesenta a la hora —añadió Benny Dirino, del mismo «oficio» que el anterior—. Aunque se dio cuenta y quiso frenar, ya no tenía tiempo.

Dkuc-ur-Graa sonrió complacido.

Han hecho ustedes una buena tarea —elogio.

—Nos gusta ser cumplidores —contestó Johansson.

—Y a mí me gusta pagar bien los buenos trabajos que me hacen los fieles servidores —dijo Graa.

Abrió un cajón y sacó un fajo de billetes, que lanzó hacia los dos asesinos. Dirino lo atrapó en el aire.

—Mil gracias, señor Graa.

—Y ya sabe —añadió Johansson—, cuando haya otro tipo que le estorbe, no tiene más que avisamos…

—¿Para tirar el dinero como ahora? —dijo de repente una voz irónica.

Johansson y Dirino se volvieron en el acto. Graa se puso en pie, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Gitt! —gritó.

—El mismo que viste y habla, por fortuna —sonrió Gitt, en cuya frente se veía una tira de tela blanca. Estaba apoyado negligentemente en una de las jambas de la puerta y sonreía con expresión sarcástica—. Ese dinero es un derroche, Graa. El Tesorero de Vnarion le pedirá cuentas por esa vil dilapidación del dinero del contribuyente.

—Pero ¿cómo diablos…? —balbució Graa, desconcertado por completo.

—Hombre, supuse que usted tenía algo que ver con este turbio asunto —explicó Gitt—. Vine a su casa y tuve la fortuna de tropezar con estos dos caballeros, tan hábiles en manipular el sistema giroscópico de un monorrueda.

—Y… la puerta…

—No olvide que soy también un espía, Graa. ¿Qué espía que se precie de tal no sabe abrir una puerta de lo más corriente?

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, Graa lanzó un terrible aullido:

—¡Mátenlo! ¡Mátenlo ahora mismo! ¡Les pagaré el doble…!

Johansson y Dirino estaban armados. Eran asesinos profesionales, pero ninguno de ellos podía compararse con Gitt.

La pistola de Gitt escupió dos rápidos y secos chasquidos. Johansson y Dirino chillaron un poco, se retorcieron convulsivamente y luego se desplomaron con el sistema nervioso destrozado por las descargas. Graa se puso a temblar.

La pistola le apuntaba a él directamente.

—No… —tragó saliva—. Tengo dinero… Le daré…

—¿Me cree tan tonto? —desdeñosamente rió Gitt, a la vez que se acercaba a la mesa de despacho, sin dejar de encañonar al vnariano—. Si yo ahora disparase contra usted, me crearía un grave problema, cuando, precisamente, lo que pretendo es todo lo contrario.

Graa contemplaba al joven con ojos fuera de las órbitas. Sin dejar de sonreír, Gitt introdujo la mano en uno de sus bolsillos y sacó una cajita oblonga, más pequeña que un paquete de cigarrillos.

—¿Ve esto? —siguió—. Es una grabadora y ha recogido fielmente todas las palabras que se han pronunciado en la sala. Claro que no puede ser considerada como prueba judicial, ni yo lo pretendo, pero me bastará para los fines que me propongo.

Graa quiso decir algo, pero no logró emitir más que sonidos inarticulados.

—Esta grabación irá ahora mismo a la Secretaría de Relaciones Extraterrestres —anunció Gitt—. El resto, imagíneselo usted mismo.

Y, de súbito, antes de que el otro pudiera prever su acción, agarró la mesa con la mano izquierda y se la arrojó encima.

Graa cayó de espaldas, aullando de dolor y de rabia. Gitt no lo hacía por humillarlo precisamente.

Simplemente, pretendía evitar que el vnariano le disparase por la espalda.

* * *

El capitán Cvidius entró en el despacho y Maldea adivinó de inmediato las malas noticias que traía.

—Algo ocurre y nada bueno —dijo.

—Sí, señor. Se acaba de recibir un mensaje de la Tierra. El gobierno de aquel planeta ha retirado el *placet* diplomático al adjunto de nuestro Cónsul, Dkuc-ur-Graa.

—Lo que significa su expulsión de la Tierra.

Sí, señor.

—¿Motivos, Dvidius?

—Actividades extradiplomáticas, señor.

—En otras palabras, que ha metido la pata.

—Hablando con franqueza, sí, señor.

Maldea pegó un puñetazo sobre la mesa.

—Y ese condenado Gitt sigue vivo —mascullo—. ¿Qué nuevo truco nos preparará ahora? La verdad, no sé cómo consiguieron salvarse de su naufragio en la Barrera de Ktor-Shirnd.

—Es un hombre con mucha suerte, evidentemente.

—No, no se trata de suerte tan sólo, Dvidius; lo peor de todo es que tiene una gran inteligencia.

Dvidius sonrió.

—Me gustaría que viniese aquí —dijo—. Yo acabaría con su suerte y su inteligencia, señor.

Maldea reflexionó unos momentos.

—Tenemos que hacer algo —murmuró al cabo—. ¿No se le ocurre a usted nada, capitán?

—No hay nada que hacer ya, sino seguir con el plan trazado hasta el final. Cuando Helena haya sido depuesta y elegido un nuevo Protector, todo resultará mucho más fácil.

—Un nuevo Protector… —Maldea sonrió complacido, a la vez que se repantigaba en el sillón—. ¿Cree que desempeñaré bien mi papel, Dvidius?

El oficial se inclinó profundamente.

—No me cabe la menor duda, señor —dijo.

—Protector de Vnarion —repitió Maldea con gesto pensativo—. Pero no es bueno que un Protector esté solo. Necesita compañía, ¿no es cierto, Dvidius?

—Parece lógico, señor —convino servilmente el esbirro.

—Y una compañía adecuada para mí sería la actual Protectora, Helena-ur-Rvorda, que, naturalmente, se llamaría Helena-ur-Maldea.

—Si ella accede…

Accederá, capitán, porque yo la obligaré a ello —aseguró Maldea—. Escuche un momento; usted es muy amigo de un tal Hhinkur-Hhinks, ¿no es cierto?

—Sí, señor, somos muy amigos. Él es un gran admirador de usted.

—Si eso es verdad, que lo demuestre proponiendo a Gitt un contrato de actuación por dos semanas en su local. Que le pague una suma fabulosa, no importa la cifra. Yo cubriré la diferencia entre lo que él pagaría normalmente y lo que pague a Gitt para que vuelva a Vnarion.

—Sí, señor; así se lo diré a Hhinks. ¿Y…?

—Eso es todo, Dvidius. Cuando Gitt venga a Vnarion ya le daré nuevas instrucciones.

—Sí, señor… Ah, olvidaba otra noticia, señor.

Maldea enarcó las cejas.

—Diga, capitán.

—La Protectora ha destituido al Ministro de Comunicaciones y, de acuerdo con la ley y hasta que se celebren las nuevas elecciones, ha asumido ella el cargo.

Maldea lanzó una maldición.

—¿Por qué diablos ha tenido que hacer una cosa semejante? —rezongó.

Dvidius se encogió de hombros.

—No lo sé, pero uno de sus primeros actos ha sido el de relevar en peso a todo el personal del satélite de Comunicaciones instantáneas con la Tierra —contestó.

CAPÍTULO XIII

—¿Dará resultado? —preguntó Gitt.

Ben Wyssam hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero hay que ir allí —contestó.

—Ha sido una experiencia fascinante, Peter —aseguró Carol Wyssam.

Gitt se acarició la mandíbula pensativamente.

—¿Cómo pensáis hacerlo, si es que se lleva a cabo? —inquirió.

Wyssam se lo explicó detalladamente. Gitt dudaba todavía.

—Un poco complicado, ¿no crees? —dijo, cuando el científico hubo terminado su exposición.

—Sin duda, pero resultará efectivo —aseguró Wyssam.

—Hemos hecho numerosas pruebas —declaró Carol—. Quizá, con el tiempo, pueda crearse en el laboratorio una Barrera de Ktor-Shimd, no sólo para disminución, sino también para aumentar el tamaño de los objetos. De momento, sin embargo, no hay otra solución que hacer el viaje.

Gitt se reclinó en el asiento.

—Hacer el viaje —murmuró—. Precisamente ahora me ofrecen un contrato fantástico en Vnarion.

Carol sonrió.

—Tu fama artística no decrece —elogió.

—Sí, pero eso me da qué pensar. La oferta es muy superior a lo que yo pediría en circunstancias normales.

—¿Has contestado algo? —preguntó Wyssam.

—Todavía no. Tengo cosas más importantes que hacer —respondió el joven.

—Pero es indudable que debes tomar una decisión —dijo Carol.

—Primero vamos a ver si resolvemos este endiablado asunto de una vez. ¿Cuál es el límite de disminución de tamaño que habéis conseguido?

—Podría decirse que infinito —aseguró Wyssam.

—Llevamos animales vivos para prueba —agregó Carol—. Conseguimos que una ternera se hiciese tan pequeña como un glóbulo rojo.

Gitt silbó.

—Eso sí que es grande —exclamó.

—Pequeño, querrás decir —corrigió Carol con una alegre carcajada.

—Bueno, lo mismo da. Pero ¿es posible encapsular un fragmento del espacio de la Barrera?

—Desde luego; y ese trozo de espacio conservará sus propiedades mientras esté contenido dentro de la cápsula —respondió Wyssam.

Gitt se quedó pensativo unos momentos.

—¿De qué tamaño debería ser esa cápsula? —murmuró, como si hablase consigo mismo.

—¿Tienes alguna idea al respecto? —le preguntó Carol.

Gitt hizo un gesto con el índice, consistente en hacerlo dar varias vueltas sobre su cabeza.

—Me está bullendo aquí —contestó—. Pero, dime, Ben, durante el tiempo que ese sector del espacio está encapsulado, ¿no hay alguna fuerza externa que actúe sobre él?

—Hasta cierto punto, porque al quedar dentro de la cápsula, la separación de la otra zona del espacio, la que podríamos llamar normal, es prácticamente absoluta…

—Espera un momento —dijo él—. Creo que ya lo tengo.

Los Wyssam le miraron muy interesados. Gitt explicó su idea, que el científico encontró realizable.

—Por mi parte, no hay inconveniente en colaborar —dijo—. Ahora bien, no todo depende de mí, como puedes comprender, Gitt.

—Una pregunta, Peter —dijo Carol—. ¿Aceptarás el contrato que te ofrecen de Vnarion?

Gitt sonrió.

—Mujer, si es la mejor forma de llegar allí sin sufrir ningún accidente —contestó alegremente.

* * *

AHITA SUMASAKI, DIPUTADO POR LA REGIÓN NIPONA: Ruego al señor Secretario de Relaciones Exteriores se sirva informar a esta Cámara del costo aproximado de la operación de enviar a Vnarion una brigada de tropas de choque.

RAY F. MAC HALE, SECRETARIO DE RELACIONES EXTRATERRESTRES: En cuanto a los informes que me pide el honorable diputado, habré de contestar que deberá solicitarlos al honorable Secretario del Tesoro. No obstante, y a título simplemente informativo, le diré que, en conversación privada, el honorable Secretario del Tesoro me ha manifestado que la consignación de este año para operaciones como la citada está, completamente agotada.

GIULIO BERTINI, DIPUTADO POR LA REGIÓN ITÁLICA: ¡Vnarion, bah! ¡Al diablo con ese conato de planeta!

EL PRESIDENTE DEL PARLAMENTO: ¡Ruego al honorable diputado modere su lenguaje!

JUAN SÁNCHEZ, DIPUTADO POR LA REGIÓN MEJICANA: ¿Qué es este Parlamento, una reunión de hombres amantes de la libertad y

de cualquier sacrificio por conseguirla y mantenerla, o un gallinero, y no lo digo sólo por las semanas que llevamos cacareando estérilmente, sino por las cualidades de valor que suelen atribuirse a los habitantes de tales lugares?

(RISAS EN EL PÚBLICO. VOCES DE: Muy bien, bravo, hay que ayudar a Vnarion. Unos manifestantes enarbolaron en la tribuna pública pancartas pidiendo la paz a toda costa. Fueron abucheados. Ellos contestaron a «pancartazos». Los otros les respondieron. La fuerza pública desalojó a los alborotadores y la sesión prosiguió al cabo de veinte minutos de suspensión).

JOHN M. DWIDES, DIPUTADO POR LA REGIÓN BRITÁNICA: ¿Se ha averiguado ya si la operación reportaría ventajas económicas?

EL DIPUTADO SÁNCHEZ, DE NUEVO: Hablad, hablad… y os sucederá un día lo mismo que le sucedió a Roma, cuando el Senado discutía sin cesar y Aníbal llegó *ante portas*.

HANS BEHLEMER, DIPUTADO POR LA REGIÓN GERMÁNICA: Sí, pero los romanos acabaron derrotando a Aníbal.

SÁNCHEZ, DE NUEVO: En efecto, pero yo prefiero derrotar al nuevo Aníbal en Vnarion y no en la Tierra, cuando nuestro planeta esté devastado por sus ataques.

(GRANDES APLAUSOS Y ALGUNOS SILBIDOS DE DESAPROBACIÓN).

EL PRESIDENTE DEL PARLAMENTO: Se levanta la sesión, señores diputados. La semana próxima se someterá a votación la cuestión de la ayuda a Vnarion.

* * *

Maldea se sentía satisfecho.

Los terrestres dudan todavía, capitán.

—Así es, señor —respondió Cvidius.

—Acabarán por denegar la ayuda solicitada. Por cierto, ¿hay noticias de Sbynior?

—Hay una brigada preparada para trasladarse aquí, apenas se conozca la decisión del Parlamento terrestre, en uno u otro sentido, señor.

Maldea se acarició el mentón.

—Será estupendo —dijo—. ¿Cómo va la compra de votos, Dvidius?

—No muy bien, a decir verdad —respondió el esbirro—. La gente se muestra recelosa, a pesar de toda la propaganda.

Los ojos del ambicioso centellearon de cólera.

—Es lo mismo —dijo—. Con esa brigada de tropas de Sbynior y los

hombres que me son fieles, tendré más que suficiente para ocupar los puestos clave. La proclamación de Protector resultará así fácil y cualquier conato de oposición será aplastado sin piedad e instantáneamente.

—Así se hará, señor —prometió Dvidius.

—Ah, por cierto —dijo Maldea—, ¿qué noticias hay del cantante?

—Buenas, general. Ha aceptado el contrato y llegará dentro de dos o tres días. La primera actuación está señalada para el sábado próximo.

Maldea sonrió de modo sibilino.

—Será un placer oírle cantar y, más todavía, felicitarle después personalmente.

—Yo creo que el supremo placer consistirá en…

—¡Chitón, Dvidius —rió Maldea—, no pronuncies frases comprometedoras! Ambos sabemos cuál será el supremo placer, ¿no es cierto?

—En efecto, señor.

—Gitt es muy listo, pero hasta los más listos cometen a veces errores irreparables… y él no debió haber aceptado jamás el contrato ofrecido por Hhink-ur-Hhinks.

El interfono sonó en aquel momento. Maldea dio el contacto y una voz femenina se dejó oír en la estancia:

—General, la Honorable Protectora Helena-ur-Rvorda le transmite sus más cordiales saludos y le ruega acuda inmediatamente a su despacho.

—I… iré ahora mismo —prometió Maldea, desconcertado.

Cortó la comunicación.

—¿Para qué me llamará esa mujer? —dijo a media voz.

—Hay un medio de averiguarlo, señor —sugirió Dvidius.

Maldea se puso en pie de un salto.

—Sí, es cierto —contestó—. Voy a ver qué quiere ella de mí. Espere aquí hasta mi regreso, capitán.

—Sí, señor.

* * *

Helena estaba escribiendo algo cuando Maldea pasó a su despacho y se situó frente a la joven. Al cabo de unos segundos, ella cesó en su tarea y se puso en pie.

—Señora —saludó Maldea respetuosamente.

—Celebro verle general —dijo Helena, a la vez que se incorporaba—. Sin duda estará preguntándose por los motivos de mi llamada.

—Espero sus órdenes, señora.

Los ojos de la joven se posaron unos instantes en los papeles que tenía sobre la mesa.

—General, acabo de firmar la destitución del Secretario de Defensa. Ahí tiene su carta de dimisión. Tenga la bondad de firmarla.

Maldea se quedó paralizado por el asombro. Helena, impasible, colocó delante de él un documento y una pluma.

—Firme, general.

—Es un procedimiento irregular —Maldea halló fuerzas para protestar —. Debo presentar mi dimisión…

—En lugar de enviar su carta de dimisión por correo, me la entrega personalmente —le interrumpió ella con frialdad—. ¿No quiere firmar, general?

—Me niego a someterme a una imposición que estimo humillante, señora.

Helena no se inmutó.

—Muy bien, general, usted me obliga a ello. Y le entregó otro documento.

—¿Qué es esto? —preguntó Maldea.

—La orden por la cual queda destituido, relevado de todos sus cargos y desposeído de su rango y graduación, «señor» Maldea. Hubiera podido ahorrarse esto de haber firmado la carta de dimisión, pero, puesto que no lo ha hecho así, me he visto obligada a tomar tal decisión.

Maldea hervía de cólera.

—¿Puedo conocer, al menos, los motivos? —preguntó.

—General… digo, «señor» Maldea —corrigió Helena irónicamente—, ¿es necesario que le explique algo que sabe mucho mejor que yo? ¿Quiere que empiece hablando de Dnevia, una excelente mujer que murió horriblemente estrangulada? ¿He de mencionar la tentativa de asesinato perpetrado contra mi persona cuando viajaba hacia la Tierra? ¿Quiere que siga hablando de las villanías que ha cometido usted durante estos últimos tiempos?

Maldea estaba lívido. Helena señaló la puerta con la mano.

—Salga —ordenó.

Los ojos de Maldea contemplaron unos instantes la esbelta figura de Helena. Vestía una breve chaquetilla de color rojo, muy escotada y sin mangas, que dejaba la cintura al descubierto, y una falda larga, del mismo color, con un corte lateral de la cadera a los tobillos. Estaba radiante de belleza, y Maldea sintió de pronto un golpe de sangre que le puso un velo rojo ante las pupilas.

Casi sin saber lo que hacía, saltó hacia ella, babeando de furia y de deseo al mismo tiempo. Helena quedó sorprendida al principio, pero reaccionó con rapidez.

Maldea no supo nunca cómo había ocurrido, pero se encontró volando por los aires, para aterrizar en el suelo con un tremendo golpazo. Durante

unos instantes, quedó aturdido, sin recordar siquiera donde estaba.

Helena sonreía desdeñosamente.

—Hice un curso de defensa personal durante mi estancia en la Tierra —explicó—. Un dinero muy bien empleado, señor Maldea. Y ahora, ¿sale por su propio pie o le saco yo a empellones?

Maldea se incorporó con los ojos inyectados en sangre.

—La partida está todavía en juego —dijo con voz ronca—. Seré el último en reír y entonces…

—Su risa será la risa de las calaveras, la risa de un muerto… si no desiste de sus desatentados y traidores propósitos —concluyó Helena tajantemente.

CAPÍTULO XIV

Peter Gitt correspondió con varias inclinaciones de cabeza a las ovaciones que le dirigía el público por su actuación. Recogió la guitarra y abandonó el escenario, para tomarse algunos minutos de descanso, antes de que comenzara la segunda parte de su recital.

Mientras actuaba, había vigilado con atención el local. Era una de las mejores salas de Vnarion y estaba dividida en dos plantas, la superior formando un gran semicírculo con numerosos palcos.

A Gitt le preocupaban los palcos. Había algunos vacíos y los ocupados estaban sumidos en la penumbra. ¡Era tan fácil apostarse allí con un fusil o una pistola paralizante y fulminarlo mientras estaba en el escenario!

Abrió la puerta del camerino y divisó una figura humana. El intruso vestía traje negro de una sola pieza, con chaquetón y capucha del mismo color, orlados de piel roja, y estaba de espaldas a la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó Gitt con recelo.

El intruso se volvió muy despacio. Gitt lanzó un grito de alegría.

—¡Helena!

Dejó la guitarra a un lado y la abrazó con furia, besándola apasionadamente. Ella le correspondió con no menor vehemencia.

—Llevas aquí dos o tres días y ni siquiera te has dignado venir a verme —le reprochó después.

—Hay que hacer las cosas bien cariño —dijo él, sonriendo satisfecho—. No hubiera sido procedente ir a verte sin haber empezado mi actuación aquí.

—Cuestión de opiniones, claro ¿Piensas estar aquí mucho tiempo?

—No depende sólo de mí, querida.

—Entonces, ¿de quién depende?

—También de ti, Helena.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —se extrañó ella.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir en el cargo?

—Oh… No lo sé, las circunstancias lo dirán. Si resuelvo favorablemente el problema, dimitiré en seguida.

—¿Lo ves? —sonrió Gitt—. Entonces será cuando yo me vaya de Vnarion.

—Y yo iré detrás de ti —declaró ella con cálido acento.

—Lo sé. Por eso dije antes que la duración de mi estancia en Vnarion no depende solamente de mí.

Helena se echó a reír. Soltó las presillas del chaquetón y lo arrojó sobre

una silla, quedando con aquel traje que parecía una segunda piel y que moldeaba a la perfección las líneas de su arrogante figura. Luego avanzó de nuevo hacia él.

—Me gustaría que vinieses esta noche a cenar a mis habitaciones particulares —murmuró, a la vez que frotaba su nariz con la del terrestre.

—Es una invitación que acepto de muy buena gana, pero, dime, ¿no producirá después murmuraciones poco favorables para ti?

Helena rió suavemente.

—En Vnarion somos muy liberales —contestó—. Desempeñar el cargo bien es lo que importa; la vida privada es asunto de cada cual, siempre que no interfiera con los asuntos oficiales. Y no creo que una cena a solas interfiera asuntos propios de mi cargo, ¿verdad?

Gitt le guiñó un ojo. Luego la estrechó contra su pecho con fuerza.

Helena se quejó.

—Me haces daño, Peter.

Y se separó ligeramente, para contemplar el grueso medallón que Gitt llevaba pendiente del cuello por una recia cadena de oro.

—Claro, antes tenía puesto el chaquetón y no lo noté… ¿De dónde has sacado un medallón tan bonito, Peter?

—Me lo regalaron, cariño.

Ella le miró de soslayo, sin soltarle del todo.

—¿Alguna admiradora? —preguntó.

—¿Podría haberlo rechazado, aunque así fuese?

Hubo un instante de silencio. Luego, Helena le abrazó de nuevo.

—No me importa —dijo cálidamente—. Sé que, en lo sucesivo, sólo tendrás una admiradora…

De pronto, llamaron a la puerta. Gitt se separó de la joven, recogió su chaquetón y se lo entregó.

—Pasa al lavabo —dijo en voz baja.

Ella obedeció con presteza. Instantes después, Gitt abría la puerta.

* * *

Era el dueño de local, un sujeto de mediana estatura y bastante grueso.

—¿Qué tal, señor Hhinks? —saludó el joven.

—Espléndido, señor Gitt —contestó el interpelado. La gente está entusiasmada con sus canciones. Arden en deseos de oírle de nuevo.

—Me lo imagino —sonrió Gitt.

—Ahora compruebo que he tenido una magnífica idea al contratarle a usted. En una semana, recuperaré de nuevo el importe del contrato, aunque no sea de buen gusto mencionar una cosa semejante en este lugar.

—Oh, no tiene importancia —dijo Gitt en tono intrascendente—. De

todas formas, usted no iba a perder nada.

Hhinks se quedó sonriendo pero de un modo forzado, desconcertado, al parecer por aquellas palabras.

—No entiendo —dijo.

—Mis honorarios normales apenas ascienden a la mitad de la suma que ha pagado usted —dijo Gitt—. Es fácil adivinar quién ha cubierto el resto.

Le… le aseguro que no sé lo que quiere decir…

Gitt palmeó efusivamente los hombros del vnariano.

—Bien, bien, no se preocupe, amigo —dijo, a la vez que le empujaba hacia la puerta—. Era sólo una broma.

—Si sólo se trataba de una broma…

—Por supuesto —insistió Gitt—. Saldré de nuevo dentro de cinco minutos.

Hhinks abandonó el camerino. Gitt cerró con llave y dijo:

—Helena, ya puedes salir.

La joven apareció, con la cara blanca como la nieve.

—Lo he oído todo —dijo.

—Entonces, ya conoces la situación.

—Sí, pero nunca me imaginé que Maldea…

—Querida —dijo él riendo—, ¿cómo puedes comprender que un tipo como Hhinks pague el doble de mis honorarios corrientes, sólo por puro capricho? Esto es una trampa urdida por Maldea.

—Para asesinarte —murmuró Helena, estremecida de pavor.

—Muy probablemente —admitió él en tono tranquilo—. Pero…

Tenía un chaquetón muy parecido al de Helena colgado del perchero y extrajo del mismo una pequeña cajita, cuyo tamaño era la mitad de un paquete de cigarrillos.

—Toma —dijo—. El peligro está en los palcos. Busca uno vacío y sitúate discretamente. Vigila los demás y cuando veas algo extraño, pulsa este botón e indícame el número del palco sospechoso. ¿Estamos?

—Sí, pero…

Gitt la empujó hacia la puerta.

—Vete ya —dijo—. No puedo demorar más mi actuación, Helena.

La joven salió. Gitt se pasó un peine por el pelo, tomó la guitarra y abandonó el camerino.

* * *

Los aplausos sonaron con fuerza. Gitt agradeció la ovación con un par de reverencias y luego, poniendo el pie sobre la silla en que hasta entonces había estado sentado, adoptó una nueva postura.

—Y ahora, señoras y caballeros, voy a interpretar mi última canción,

dedicada especialmente a Vnarion

Una atronadora salva de aplausos acogió sus palabras. Cuando el silencio se hubo restablecido, Gitt empezó a rasguear las cuerdas.

La gente le escuchaba con respetuoso silencio. Hhinks, sin embargo, torcía el gesto.

Le desagradaba el tema de la canción. Hablaba de libertad, independencia y otros temas muy candentes aquellos días. Las alusiones a los apetitos imperialistas de cierto planeta eran clarísimas y asimismo resultaba fácil adivinar la llamada a la dignidad nacional que se advertía en la canción.

De pronto, Gitt sintió una voz en el interior de su cráneo.

—Cuidado, Peter. Noveno palco, contando desde el escenario y a tu derecha.

Gitt echó un vistazo en aquella dirección. Sí, había un hombre en el fondo del palco haciendo una rara operación.

Seguramente, dedujo, estaba acoplando un telescopio de puntería a su pistola paralizante. Gitt varió algo su postura e inclinó la guitarra hasta situarla casi en posición horizontal.

El ocupante del palco avanzó dos pasos. Gitt le vio elevar el brazo izquierdo para apoyar en él la pistola y tomar mejor la puntería.

Bajó la mirada. En la guitarra tenía un pequeño prisma que le permitía ver con facilidad las cosas, simulando estar concentrado en su labor. La silueta del desconocido apareció en aquel original visor, que a los ojos del público parecía un adorno un tanto aparatoso.

De pronto, pulsó la quinta cuerda, que se rompió lanzando un gemido musical. Algo partió zumbando del vástago de la guitarra.

El hombre de la pistola se tambaleó, a la vez que lanzaba un gruñido animal. Hizo un esfuerzo por apuntar de nuevo, pero, de repente, le fallaron las fuerzas y dio un par de pasos hacia adelante.

Al caer, saltó por encima del palco y fue a estrellarse contra una mesa, que se deshizo en astillas con gran susto de sus ocupantes. Sonaron gritos de alarma y se iniciaron algunas carreras, prontamente contenidas por el personal de servicio.

Gitt dirigió un rápido guiño hacia el palco en que se encontraba Helena y le hizo señas con la cabeza para que se retirase. Ella comprendió y desapareció rápidamente de allí.

Luego, cuando el tumulto se hubo acallado, se disculpó por la rotura de la cuerda y, tras reponerla, inició de nuevo la canción interrumpida por aquel extraño incidente.

El público le ovacionó estruendosamente, tanto, que tuvo que repetir la canción muchas veces. Alguien la grabó allí mismo y, aquella noche, ya se conocía la canción en todos los rincones de la capital.

Era un claro himno de desafío a Sbynior.

CAPÍTULO XV

Hhink-ur-Hhinks se retorcía las manos nerviosamente.

—No sé cómo ha podido ocurrir, general —dijo—. Gitt descubrió al capitán Dvidius en un palco vacío y…

Maldea estaba pálido de furor.

—Alguien debió de ayudarle, sin duda —mascculló—. El escenario era perfecto para acabar con ese maldito entrometido.

—Lo ignoro, señor; yo no vi a nadie que le ayudase…

Maldea se puso en pie y empezó a pasear por la sala de su departamento. Como muchas construcciones vnarianas de cierta categoría, disponía de una amplia terraza al otro lado de la vidriera que formaba una de las paredes de la estancia.

—Es un hombre astuto, infernalmente astuto… pero todavía me quedan buenos amigos en algunos puntos claves —dijo—. Aún no se ha perdido todo, Hihnks; aún estoy a tiempo de ocupar el puesto de Protector…

—¿Usted cree, ex general? —dijo de súbito una voz fresca y juvenil.

Maldea y Hhinks se volvieron asombrados hacia la terraza, en la que acababan de aparecer unas manos y una cabeza bien conocidas de ambos. Gitt tomó impulso y saltó limpiamente el parapeto.

Luego avanzó decidido hacia la pareja.

—Usted no será Protector ni nada que se le parezca, Maldea —exclamó Gitt—. Sus conspiraciones y trapacerías se han acabado ya.

Maldea enarcó las cejas.

—¿Va a ser usted quien lo haga? —inquirió con desprecio.

—Así es.

—Probablemente, con la pistola que lleva al cinto.

—Eso no depende de mí, sino más bien de usted. De momento, sólo he venido a anunciarle una cosa… aunque me temo que Hhinks se me ha anticipado ya.

Hhinks estaba lívido. Gitt sonreía.

—Todavía no saben cómo maté a Dvidius, ¿verdad? Bien, el vástago de mi guitarra tiene en su interior un proyector de aire comprimido y el cristal de adorno es un visor de puntería. El arma dispara un proyectil con aletas cortantes, capaz de alcanzar exactamente un blanco situado a cien metros de distancia. ¿Está claro?

Maldea y Hhinks permanecían silenciosos.

—Dvidius quería matarme a mí, es cierto —siguió el terrestre—, pero cuando disparé contra él, no sólo pensaba en salvarme yo, sino que me

acordaba de una hermosa mujer llamada Dnevia, estrangulada por aquel granuja, en cumplimiento de sus órdenes. Maldea, está derrotado; le aconsejo que se retire a la vida campestre, antes de que sea demasiado tarde para usted.

Maldea blandió el puño coléricamente.

—Todavía me queda una carta en reserva y la jugaré en su momento oportuno —aulló.

—¿Mañana, a las doce, en el salón de recepciones de la Honorable Protectora? —sugirió Gitt sonriendo.

Maldea se quedó parado un instante. Luego, con paso tranquilo, se dirigió hacia su mesa, a la vez que decía:

—¿Por qué no, Gitt? Allí estaré, mañana a mediodía.

Se situó detrás de la mesa y, súbitamente, abrió uno de los cajones.

—¡Pero usted no lo verá! —gritó, a la vez que sacaba una pistola paralizante.

Gitt había olfateado algo raro en la actitud del vnariano y actuó con singular presteza. Alargó el brazo y tiró de Hhinks hacia sí, cubriéndose con el grueso cuerpo del individuo, justamente en el momento en que partía de la pistola una descarga destructora del sistema nervioso.

Hhinks lanzó un aullido de pánico. Maldea se quedó parado un instante al ver que había fallado el tiro, pero, casi en el acto, Gitt le arrojó encima un cadáver pataleante.

Los dos cuerpos rodaron por tierra. Gitt saltó la mesa y desarmó a Maldea, quien forcejeaba por quitarse de encima el cadáver de Hhinks, quien, sin embargo, todavía sufría algunas convulsiones.

Acto seguido, Gitt corrió hacia la terraza.

—¡Mañana, a las doce, ex general! —gritó, en el momento de saltar el parapeto.

* * *

Helena dormía profundamente, tendida en el diván, con uno de sus brazos pendiente laciamente fuera del mismo. Su esbelto pecho subía y bajaba con ritmo regular. Al lado había una mesa repleta de manjares.

Alguien se acercó a ella y la besó suavemente en los labios. Helena se estremeció y abrió los ojos.

—La Bella Durmiente ha despertado ya —exclamó Gitt.

Ella se sentó de golpe en el diván.

—¡Peter! ¿Dónde has estado? ¡Me he cansado de aguardarte toda la noche! Quedamos en que vendrías a cenar y ya está amaneciendo…

Gitt sonrió, se acercó a la mesa y llenó una copa de vino.

—Puede convertirse en un desayuno íntimo, ¿no te parece?

—Es… demasiado tarde ya —remoloneó ella—. Ya sabes que a las doce he convocado al Cónsul de la Tierra y al Embajador de Sbynior.

Gitt consultó el reloj.

—Tienes casi siete horas de tiempo —dijo—. ¿Todas las vas a emplear en ponerte el vestido de ceremonia?.

Oh, claro que no; con una hora será más que suficiente…

—Eso mismo pensaba yo —sonrió Gitt, mientras la miraba por encima de la copa.

Helena se le acercó, en actitud mimosa.

—Entonces, ¿desayuno en la intimidad? —murmuró.

—Por mi parte, no hay inconveniente. Ah, me he permitido invitar, en tu nombre, a una persona, para que asista a la recepción que darás mañana a esos diplomáticos.

—¿Quién es el invitado, Peter?

—Maldea.

Hubo una pausa de silencio. Helena le miraba fijamente.

—¿Por qué ha de asistir ese traidor a la recepción diplomática? —preguntó al cabo.

—Para recibir el premio de su traición, ¿no te parece?

—Estás tramando algo, Peter.

—Sí.

—¿Qué es? —preguntó ella con impaciencia—. Dímelo, pronto.

Gitt sonrió. Dejó la copa sobre la mesa y encerró entre sus brazos el esbelto talle de la joven.

—Estoy planeando casarme contigo en cuanto hayas terminado tu tarea política —contestó.

Helena lanzó un profundo suspiro.

—Y yo estoy ansiosa de llamarme Helena-ur-Gitt —murmuró, a la vez que buscaba sus labios con pasión.

* * *

Helena vestía un largo y recargado traje de color escarlata, con orlas de oro, cuando recibió a los dos diplomáticos. Había también otras personas presentes en la entrevista: Peter Gitt, Ben Wyssam y Carol, su esposa.

Igualmente asistían periodistas e informadores gráficos. El embajador de Sbynior protestó de lo que estimaba un procedimiento irregular en las entrevistas diplomáticas.

—Será en su planeta, embajador —dijo Helena—. Aquí, en Vnarion, quiero que todo el mundo esté enterado de lo que sucede y usted puede elegir entre abandonar el salón o quedarse y enterarse de lo que va a ocurrir.

—Me iré —manifestó el embajador con sequedad—. Mi gobierno recibirá puntual información de esta descortesía y exigirá las reparaciones pertinentes.

—Váyase si gusta —respondió Helena sin inmutarse—, pero entonces tendrá que enterarse por los periódicos de que la Tierra ha decidido prestarnos ayuda contra las ambiciones expansionistas de su gobierno.

El embajador se quedó con la boca abierta.

—¡Imposible! ¡Todavía no se ha recibido ninguna noticia…!

—Eso era antes —sonrió Helena—, cuando usted y algunos traidores tenían controlado el satélite de informaciones que nos enlaza con la Tierra. La noticia de la concesión de ayuda es ya oficial, señor embajador.

El de Sbynior se puso pálido.

—Así es —confirmó el Cónsul de la Tierra.

—¡Mi gobierno considerará esta ayuda como un *casus belli*! Enviará tropas…

—Si un soldado de Sbynior aparece aquí, quien considerará esa acción como un *casus belli* será la Tierra —declaró Helena tranquilamente—. Nosotros no estamos dispuestos a permitir que un gobierno de ambiciosos imperialistas, carentes de escrúpulos esclavice a un pueblo cuya característica milenaria ha sido siempre el afán de libertad. Y el hecho de que algunos traidores les hayan ayudado no impide que los buenos vnarianos sigan amando su libertad y su independencia y estén dispuestos a todo por conservarlas.

—La Tierra les dominará a ustedes —dijo el embajador, pálido de ira.

—Todo lo contrario —respondió el Cónsul terrestre—. Nos interesa garantizar la libertad e independencia de Vnarion y no intentamos ni sojuzgarlo ni interferir sus asuntos propios. Pero tampoco queremos que otros lo hagan.

El sbyniorita sonrió despectivamente.

—¿Cómo van a impedirlo ustedes? —dijo—. Tengo amigos que…

Alguien entró en aquel instante en la sala, seguido de unos cuantos hombres armados.

—¡Aquí están esos amigos, embajador! —gritó Maldea triunfalmente —. En nombre de Vnarion y con la ayuda de Sbynior, declaro depuesta a la actual Protectora y yo asumo su cargo desde este momento.

El embajador sonreía satisfecho.

—¿Se han convencido ya? —dijo.

—Yo creo —intervino Gitt— que quienes no saben lo que se dicen son ustedes. ¿Por qué no se asoman un momento a la terraza?

Maldea y el embajador se quedaron parados un instante. De pronto, Maldea echó a correr, cruzó la estancia y alcanzó la terraza.

Un segundo después, gritaba en tono descompuesto:

—¡El patio está lleno de soldados terrestres!

El embajador se puso pálido.

Se encaminó a la terraza con paso vacilante. Desde el parapeto contempló las rígidas filas de los hombres equipados con fusiles subatómicos y propulsores de vuelo individuales, además de sus corazas contra toda clase de proyectiles ligeros.

Los terrestres estaban correctamente formados por compañías, batallones y regimientos. El embajador sintió que le daba vértigo.

—Pero… ¿cómo han podido llegar aquí? —tartamudeó—. Los detectores no han señalado ninguna nave terrestre de guerra…

—El doctor Wyssam le explicará cómo ha ocurrido, embajador —dijo Helena tranquilamente.

Maldea y el sbyniorita volvieron los ojos hacia Wyssam.

—Simplemente, hemos aplicado el principio de alteración dimensional de la Barrera de Ktor-Shimd —declaró.

* * *

Maldea tenía la boca abierta, a causa del asombro que sentía.

—Así es —confirmó Helena, sonriendo—; esa misma barrera hacia la cual nos arrojó usted con sus disparos cuando yo iba a la Tierra a pedir auxilio.

Bastó enviar una nave de guerra, con una brigada de tropas en su interior, y hacerla zigzaguear en el interior de la barrera, hasta que se redujo al tamaño de una perla no muy grande. Luego, con los detectores, se localizó esa nave y fue encerrada en un recipiente especial, junto con un sector de esa zona del espacio —explicó Wyssam.

—El recipiente especial era el medallón que yo llevaba puesto —añadió Gitt—. Y cuando llegó la ocasión, se abrió el medallón y la nave y sus ocupantes, ya en suelo vnariano, recobraron sus dimensiones normales.

—¿Satisfecho de la explicación, embajador? —preguntó Helena.

El hombre de Sbynior no sabía qué decir.

—Por tanto, señor Maldea —añadió la joven—, ha fallado su pretendido golpe de Estado. Además, puesto que la recepción es pública, todo el mundo conoce ya su traición. Los tribunales competentes se encargarán de usted.

La cara de Maldea se deformó de un modo horrible a causa de la ira que sentía. De súbito, echó mano a la pistola que llevaba y aulló:

—¡Pero tú no lo verás…!

Gitt alargó la mano. Bajo la manga de su vestido, llevaba un aparato idéntico al usado en el escenario del local de Hhinks.

Se oyó un ligero chasquido. Un círculo rojo apareció en el pecho de

Maldea, de cuyos labios se escapó un grito de dolor.

La pistola cayó al suelo inofensivamente. Maldea se tambaleó un poco y acabó por derrumbarse de bruces.

El embajador de Sbynior hizo una profunda inclinación.

—Transmitiré a mi gobierno el resultado de esta entrevista, señora — aseguró.

—Y añada también que, en lo sucesivo, no encontrarán traidores que quieran colaborar con ustedes para sumir a Vnarion en la esclavitud —dijo Helena en tono enérgico.

Los seguidores de Maldea, viendo perdida la partida, depusieron las armas en el acto. Helena lanzó un profundo suspiro de alivio.

La recepción ha terminado —declaró.

* * *

—Estoy dudando…

—¿De qué dudas, querida? —preguntó Gitt.

Helena se arreglaba el pelo ante el tocador.

—Peter, la gente te aprecia en Vnarion. Podrías ser elegido Protector… y darías buen resultado, créeme.

Gitt no dijo nada. A través del espejo, Helena vio que se encaminaba hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde te vas? —preguntó.

—Tengo que cumplir un contrato en Graevia VI —dijo él—. Me pagan bien y es un planeta muy hermoso.

—Pero, Peter… lo que te decía era la pura verdad.

—Por eso me marcho, querida.

Helena se puso en pie de un salto.

—Espera —gritó—. Me voy contigo.

Gitt sonrió desde la puerta.

—Eso ya está mejor —dijo—. No me encadenes a la política; con una vez, ya tengo más que suficiente.

—Dimitiré hoy mismo —prometió ella—. Te lo decía en serio, pero si tú no quieres…

—No, no quiero ser Protector.

—¿Ni de mí siquiera?

—Mujer, qué cosas tienes… Un marido tiene que ser siempre el protector de su esposa, al menos, eso es lo que yo creo.

—Y yo también —suspiró la joven—. No te encadenaré a la política, pero sí con mis brazos y para siempre.

FIN